

Capítulo IV

CÓMO SE REPRESENTAN EL PROCESO DE EMPOBRECIMIENTO DESDE SU CONDICIÓN DE MUJERES

Al elegir los símbolos como nuestro nicho evolutivo, elegimos la máquina más poderosa que existe en el universo: nos convertimos en “Homo simbolicus”. El símbolo no sólo transmite significado, también lo amplifica. Le da nuevos poderes.

Terrence Deacon

LOS IMAGINARIOS: CONEXIONES VITALES CON LAS MÁS URGENTES NECESIDADES HUMANAS

Desde las expresiones del diccionario, el término imaginario es el adjetivo que designa a aquello que sólo existe en la imaginación. Que derivado del sustantivo imagen, se explica relacionado con la representación. Es decir, con el momento sensorial del proceso del conocimiento, que en el ser humano, capaz de llegar a niveles lógicos y racionales, se manifiesta como la forma compleja de noción o impresión de un objeto o fenómeno que no está actuando directamente sobre el sujeto cognoscente. Es, para decirlo de otra manera, esa acción de la memoria que permite fructificar en la conciencia las propiedades generales de un objeto o fenómeno, imágenes de personas, lugares donde se ha vivido, etcétera.

Cuando se definieron las categorías del problema de investigación se expresó que este estudio de caso tiene como punto de partida el hecho de que las mujeres tienen un imaginario. Es decir, un conjunto de imágenes mentales que, en cierto modo, las ayudan a comprender la cultura de su pueblo y de su época y de ellas mismas como parte integrante de esa cultura y esa época. Vale decir que el *imaginario* de las mujeres investigadas está conformado por las diversas *formas de representación mental* que, como respuesta a los estímulos del contexto en que existen (umbrales del siglo XXI en Nicaragua), tienen de los deter-

minantes de su condición de empobrecidas, personal y colectivamente. Y, desde ese imaginario, tienen conductas y se comunican, coincidiendo y/o diferenciándose en lo que hacen y dicen.

El concepto “imagen” tiene diversas significaciones. Marc Augé (s/f), por ejemplo, refiere la posibilidad de distinguir cuatro clases de imágenes o modalidades de la imagen:

- La *forma* material-gráfica, plástica, arquitectónica. Forma “pura” que suscita imágenes mentales o toma valor de símbolo (crea de alguna manera su propio referente).
- La *representación*, directa o indirecta, inmediata o transpuesta, de un referente material, moral o intelectual. Su calidad reenvía a las y los sujetos a una experiencia de percepción directa (apreciación de una similitud, de una visión en el espacio).
- Las *imágenes mentales* que, ligadas a las percepciones o a los efectos de la imaginación, se asocian a las palabras y a los conceptos. Estas cobran autonomía relativa en los fantasmas, las alucinaciones o los sueños y pueden suscitar elaboraciones formales y eventualmente artísticas.
- Los *registros de lo real* (fotografías, películas de cine), que no son simples representaciones y por eso vuelven compleja la relación entre lo real y su representación, o entre las relaciones entre lo real y la ficción. El registro de lo real puede ser más o menos subjetivo pero es siempre parcial, pues reenvía al imaginario de quien toma las imágenes y al del receptor de las mismas.

Se admite que el imaginario individual es una fuente importante de la ficción. Y que, por tanto, no se debe subestimar el papel de lo imaginario y de la iniciativa individual en la conformación del imaginario colectivo. Porque de imágenes y símbolos está hecha la comunicación humana a todos los niveles. Por imágenes, o mejor dicho por el uso y abuso de las imágenes y los simbolismos, los poderosos logran la construcción de modelos conceptuales e ideologías que, provocando conductas, los favorecen para el usufructo del poder –poder que nunca se construye, ordena o impone para favorecer a los grupos excluidos o sin poder, a los que se ha dado en llamar minorías, aunque sean la mayoría. Tal es el caso de las mujeres, que en Nicaragua son un poco más del 52% de la población.

Imaginarios van, imaginarios vienen, y los que abusan del poder los aprovechan legitimando su existencia a través del control de la imaginación de quienes deben recurrir a su fe, sus mitos y creencias para aguantar, enfrentar y solucionar situaciones por demás difíciles.

O a sus propios imaginarios contruïdos a través del estudio y la reflexión, para resistir organizada y/o individualmente los avatares de la existencia. Es eso que en filosofía se ha dado en llamar el desarrollo de la ética profesional como cultura de resistencia. La mayoría de las mujeres, especialmente las más empobrecidas, no gozan de ese poder. Y las que lo conquistan a costa de muchos sacrificios lo ejercen muy poco. Más bien son víctimas del abuso de ese poder, que no es más que la dominación entre grupos sociales. Así lo identifica Teun Van Dijk en su *Análisis crítico del discurso* (Aldana Saraccini, 2006a: 5).

María Dolores Paris Pombo ilustra esta cuestión del manejo de los imaginarios en una de las notas de su obra (la primera nota, precisamente) que se consultó para este trabajo, cuando afirma:

Esta ideología que respalda el programa difundido por la iniciativa privada a través de los medios de comunicación en México: “La iniciativa privada somos todos” (1987-1988), o también la que respalda una costosa campaña publicitaria difundida por las transnacionales en Brasil (Seros, Shell, Pirelli, Honda y Chevrolet) cuyo lema fue “Un mundo sem fronteras” (Paris Pombo, 1990: 149).

Por eso, a pesar de que muchos de los críticos de Jung¹⁵ lo acusan de ser místico y anticientífico (DiCaprio, 1976: 383), es conveniente traer aquí a este psiquiatra moderno, cuyo interés por los símbolos, las prácticas ceremoniales, las creencias y las costumbres fue encomiable. Recordar sus palabras ante los prejuicios que pretendían descartar lo simbólico, para el análisis de la persona, en aras de un supuesto racionalismo científico. Rememorarlas, porque son de una validez indiscutible para estos tiempos de posmodernidad en los que se ha fetichizado la “racionalización” absoluta del mercado, que no viene a ser más que la irracionalidad de la razón¹⁶.

15 Carl Gustav Jung, uno de los pioneros de la psiquiatría moderna, nació en Suiza en 1875 y falleció en 1961. Sus aportaciones fueron significativas para la teoría de la personalidad y de la psicoterapia, en especial con respecto al papel del inconsciente en la vida del ser humano. Fue discípulo de Freud durante algunos años, pero su interés estaba dirigido a las capas más profundas del inconsciente –el inconsciente colectivo–, rechazando la posición extrema que Freud le asignaba al aspecto sexual. Su escuela se conoce como de la psicología analítica. Las prácticas religiosas y ceremoniales de los pueblos antiguos y modernos fueron objeto de su examen profesional, e hizo aportes valiosísimos al respecto (ver DiCaprio, 1976: 383).

16 Decía Jung: “El hombre moderno no comprende hasta qué punto su ‘racionalismo’ (que ha destruido su capacidad de responder a símbolos e ideas numinosos) lo ha puesto a merced del ‘mundo subterráneo’ psíquico. Se ha liberado de la ‘superstición’ (o al menos así lo cree), pero ha perdido, en el proceso, sus valores espirituales en un grado positivamente peligroso. Su tradición moral y espiritual se ha desintegrado y está pagando ahora

Aunque el psiquiatra suizo comprendía lo simbólico desde su acepción más amplia, hay que reconocer que para nada se distingue con respecto a la construcción cultural de género¹⁷. Sin embargo, aun así, es importante entenderlo. Comprender su razón de otorgarle a los símbolos un papel definitorio dentro de la vida humana. Entender que, como mecanismos que desencadenan una emoción o motivo, permiten a la persona tener experiencias que de otra forma serían imposibles. Y, como las protagonistas de esta investigación son mujeres que desde la concepción simbólica revelan muchas facetas importantes de su existencia, es también insoslayable poner en primer plano algo que se diga sobre ellas, desde la concepción de género.

Las mujeres, y en este caso particular las nicaragüenses empobrecidas en el umbral del siglo XXI, son importantes sujetas de estudio. Ello se argumenta y demuestra en todo el transcurso de este trabajo. O, mejor dicho, lo argumentan y demuestran ellas por mediación de quien rubrica este informe. Para motivar la atención hacia el informe hay mucho de qué echar mano. Afortunadamente, a pesar de la condición aún desigual de las mujeres respecto a los varones en la sociedad contemporánea, existen hermosos testimonios escritos elaborados por mujeres, para estudiar a este género desde muchas aristas de reflexión, entre ellas, el tema que hoy ocupa nuestra atención.

Pero, para hacer honor a quien honor merece, se le cede la palabra a Miriam, una mujer nicaragüense nacida en Puerto Cabezas o Wilwi (RAAN) quien, hablando de tópicos económicos que afectan su vida, se fue yendo por los senderos emocionales del mito religioso y quiso dejar firme constancia de sus creencias y su fe –que en última instancia, según su particular sentir, le han permitido superar muchos obstáculos y alcanzar algunas satisfacciones. Hay razón en citarla. Al fin que lo que interesa aquí va más allá de cómo ven las mujeres los determinantes de su empobrecimiento. Porque esta visión termina exponiendo cómo ven las mujeres a la mujer. Es decir, cómo se ven a sí mismas, y no sólo cómo las ve quien las investiga o cualquier otro ser

el precio de esta ruptura en forma de una desorganización y disociación universales [...] a medida que la comprensión científica ha crecido, nuestro mundo se ha deshumanizado [...] su contacto con la naturaleza se ha perdido, y se ha perdido con él la profunda energía emocional que esta conexión simbólica proporcionaba" (DiCaprio, 1976: 385-386).

17 La feminidad y la masculinidad son productos culturales. Pero Jung "creía en rasgos claramente definidos para los sexos". Es decir que, para él, existe una radical diferencia entre la psicología del hombre y la de la mujer. Coinciden sus ideas acerca de la feminidad y la masculinidad con las nociones tradicionales biológicas. Por ejemplo, atribuía a los hombres la decisión y la racionalidad, mientras que a las mujeres las catalogaba como emocionales e intuitivas. Los primeros son, según él, agresivos, y las mujeres son pasivas (ver DiCaprio, 1976: 369).

humano desde el poder. Es que, no por casualidad, las mujeres son las mayores afectadas y las que asumen las mayores responsabilidades en toda esa complejidad de enredos económicos en que el sistema neoliberal, androcéntrico y misógino las introduce y las aprovecha.

Entonces, Miriam, socióloga desempleada, católica que permanentemente se congrega con los grupos de mujeres de su iglesia y con residencia en la colonia 9 de Junio (Distrito 6) de Managua, desde una expresión de mucha dignidad y con un lenguaje muy unido a lo simbólico, dice:

Las mujeres poseen una fe innata. Si la tienen orientada hacia una religión es otra cosa. Las mujeres son la esencia misma de la creación de Dios. Y la mujer aquí es un escudo, es una lanza, es como un cuento, es un bálsamo, es un perfume, es un lavatorio. ¡La mujer es todo! ¡¿Qué no es la mujer?! O sea, las mujeres son las personas que más tienen fe [...] Y cuando no la están comunicando, la están sintiendo. Todo lo salvan, todo lo asumen, todo lo resuelven. Tienen esperanza. Todo por la fe.

Estas expresiones de Miriam están muy ligadas al rol clave de las iglesias en la socialización de las y los nicaragüenses. Pero también a la concepción gnoseológica y axiológica de la teoría de género. Por ejemplo, la antropóloga Marcela Lagarde, dedicada con notoria exclusividad a escudriñar entre las certezas de esta revolucionaria teoría, asevera: “Independientemente de que las mujeres se consideren a sí mismas creyentes o religiosas, de que se autodefinan como ateas o científicas, su subjetividad es mágica y religiosa” (Lagarde, 1992: 308).

El mundo emocional, manifiesto desde sus particulares imaginarios, aparece de manera diferenciada y a la vez unificada en las mujeres entrevistadas, independientemente de su edad, clase social, ideología y práctica concreta como personas. Al ser analizadas en sus respuestas, algunas permiten romper con las interpretaciones naturalizadoras sobre “lo femenino”, muy manifiestas en el imaginario colectivo de Nicaragua, a pesar de que ya se está iniciando el siglo XXI. Por lo general, lo femenino es identificado con la afectividad, la suavidad, la comprensión y el amor, en oposición a la agresividad, violencia, fuerza intelectual y física atribuidas a “lo masculino”. Así, una costurera, integrada en algún momento de su vida a un sindicato (cuando trabajaba como miembro del Ministerio del Interior, en la década del ochenta), expresa:

Las mujeres podemos hacer cosas que hacen los hombres. Trabajar en lo que ellos trabajan y hasta ganar más que ellos. Aunque siempre se nos ve como que no fuera así [...] Por eso es que en las empresas siempre están dándole preferencia a

los hombres para darles los trabajos [...] Yo, desde que me quedé sola, aprendí la costura y he mantenido a mis hijos con mi trabajo y los he sacado adelante. Pero antes hice muchas cosas que también hacían los hombres. Y creo que no las hice mal. Creo que algunas veces lo hice mejor.

Con otras de las entrevistadas no fue posible encontrar esa ruptura. La base de esa diferenciación natural sigue presente a pesar de, o precisamente por, los elementos culturales que muestran los contextos en que se desenvuelven, muy relacionados, las más de las veces, con el nivel escolar, aunque este no es un indicador de validez absoluta. Apréciase al respecto la coincidencia de dos opiniones en mujeres de distinto nivel escolar, cuando enfocan su situación laboral:

No. Yo no trabajo [...] estoy aquí [en su casa] haciendo siempre mis cosas [...] A la mujer le toca así, porque así tiene que ser. Cuidar a su marido y cuidar a los hijos, cuidar su casa. Pienso que no debe trabajar, que al que le toca hacerlo [trabajar] para llevar los riales [del gasto a la casa] es al hombre. Para eso Dios lo hizo el más fuerte (Virginia, ama de casa, con tres años de escolaridad en el nivel primario).

Me preocupa mucho no atenderlo a él [su marido] y no atender a mis hijos como debe ser. Él reclama y tiene razón [...] Trabajo porque lo que gana [él] no nos ajusta. Pero si por mí fuera, me dedicaría a hacer mi papel de mujer [...] Por eso no seguí estudiando, pero ya ve, tengo que trabajar (Sorayda, recepcionista de una clínica médica, graduada de bachiller y con casi dos años de estudio en la universidad antes de casarse).

Tales son las características personales de las entrevistadas, y allí reside la riqueza de los resultados del proceso de investigación. Porque, si alguna utilidad se le quiere otorgar a este trabajo, es precisamente que sea aprovechado para cuando exista interés por coadyuvar al desarrollo de grupos de mujeres en Nicaragua –ya sea a nivel de sensibilizaciones, capacitaciones y/o ayudas concretas, para su desarrollo económico, con base en sus niveles de desarrollo conceptual y práctico, de tal suerte que los proyectos realmente vayan a las demandas reales de los grupos.

Para Erich Fromm (1993: 23), “la entidad básica del proceso social es el individuo, sus deseos y sus temores, su razón y sus pasiones, su disposición para el bien y para el mal”. Se toma aquí, entonces, a *las mujeres*, con sus sentimientos, pensamientos y voluntades, como la entidad básica del proceso social objeto de estudio. Porque la naturaleza de sus pasiones y angustias es, inevitablemente, un producto cultural-histórico, que es lo mismo que decir social. De ahí que la cos-

movisión de su macromundo como la de su mundo más reducido e inmediato (desde su empobrecimiento como mujeres nicaragüenses) no se den separadas de las condiciones concretas en que viven. Por eso, el interaccionismo simbólico plantea que “los símbolos [...] permiten imaginar una realidad metafísica, como el cielo o el infierno [...] los símbolos permiten a las personas evitar ser esclavas del entorno. Les permiten ser activas en lugar de pasivas, es decir, dirigir sus acciones” (Ritzer, 1993: 240). Ilustra con sus expresiones una abuela, que debe cuidar a sus nietos desde que su hija, abandonada por el marido, trabaja fuera de casa para cumplir con su papel de responsable del sostenimiento del hogar:

Después de que ya los chavalos se han dormido, me siento en la cama [...] agarro mi rosario y le rezo a la virgen. Así siento una gran fuerza y ya me duermo tranquila [...] Si no fuera por la ayuda de mis oraciones, no sé que haría [...] Esta situación está muy difícil.

Otra expresa, muy conmovida, en el momento en que se está abordando en un grupo focal el tema de “qué hacer” ante la situación:

Tener fe, mucha fe [...] Si algo tenemos las mujeres es la fe. Por eso podemos hacer muchas cosas. No somos como ellos [los hombres] que por no tener fe, luego, luego se debilitan [...] Si tenemos fe, encontramos las formas de salir del problema. Porque hay allá arriba ese algo superior que no nos abandona.

Comúnmente en los relatos de estas mujeres está la impronta de sus emociones. Se encuentra tanto en el contexto de su vida familiar o amistosa, como en lo laboral y social. Habría que escribir mucho para reflejar cada uno de los fragmentos de su comunicación en el transcurso del proceso al que fueron sometidas como sujetas de estudio. Pero nada más fidedigno que citar a Dalila, para que desde ella se valore la conciencia que tiene de su situación particular, pero al mismo tiempo formando parte de un grupo. Y así la enfrenta, diciendo:

Cada quien lo dice como lo vive. Y cada quien lo hace como lo siente. Como cada quien quiere como lo entiende. En mi caso, mi trabajo es la costura. Y la costura no es todo el tiempo. Pero, gracias a Dios me voy ganando mis realitos ahí, para ir ayudando. Cada una de las hermanas [participantes en el grupo focal], cada una de ellas también ahí van ayudando en su casa. Gracias a Dios que nada más dos son las que no están trabajando [según ella, en ese grupo]. Pero, gracias a Dios van a tener un trabajo y van a ayudar en el hogar, para echar el hombro,

como decimos. Las que tenemos marido, pues al marido, y las que no tienen, solitas ellas se ganarán sus billetes para sus gastos. Para alguna necesidad que tengan. Pero todas, todas sabemos dar cariño, servir, ayudar, no ser indiferentes ante el sufrimiento de los otros. Todas pensamos, todas amamos, todas sentimos.

Es muy importante entender que la construcción del imaginario social de una nación no está exenta de la lucha por el poder. Los conceptos de nacionalidad y nacionalismo, consenso y democracia, estado de derecho y justicia social, igualdad, etc. no escapan a la hegemonía del poder. Pertenecen al campo de las representaciones y, aunque al investigarlos tengan sus implicaciones en el terreno empírico de los hechos históricos, no atañen en exclusiva a la historia de los eventos. Por el contrario, también pertenecen al campo de la historia de los procesos de representación o “al campo de la historia de las mentalidades”. O, dicho con Julio Ramos (1995): “¿Quién si no el poder tiene la autoridad, en una sociedad heterogénea y compleja, para imaginar los rasgos de la supuesta homogeneidad nacional?”. O, dicho con Clemencia, maestra de un colegio público de secundaria en un departamento de Nicaragua:

Eso de que todos los nicaragüenses somos iguales es un cuento. Lo dicen los padres [curas], lo dice el gobierno. Lo dicen los directores, para que uno se lo crea. Hasta lo dicen los dirigentes en el magisterio. Pero mi situación económica, el salario que recibo cada mes, y la forma como vivo me dicen que somos diferentes.

La situación de posmodernidad se caracteriza por una sobreabundancia de imágenes que no pretenden trazar un bosquejo de un nuevo imaginario colectivo. Según Marc Augé, “podemos creer que estamos colonizados, pero sin saber por quién; colonizados por la imagen, pero sin saber de dónde viene y ni siquiera saber lo que representa” (Aldana Saraccini, 2002: 45). Sirvan como ilustración las expresiones de una entrevistada que, refiriéndose a la carestía de la vida, dice:

Yo no entiendo de dónde viene tanta carestía. Sé, como dicen las hermanas [participantes en el grupo focal], que no es sólo en Nicaragua y que hay responsables de esto. Pero no entiendo que haya gente tan mala que nos obligue a vivir así como vivimos. Quién sabe por qué lo hacen. No tienen temor de Dios.

Esa conexión entre el imaginario y la realidad de los seres humanos que conviven (o en algunos casos sobreviven) en esta época histórica resulta fundamental para comprender la realidad que se pretende transfor-

mar en beneficio de la humanidad. Comprender, por ejemplo, que el modernismo debe ser entendido con la definición de García Canclini: “El modernismo no es la expresión de la modernización socioeconómica, sino el modo en que las elites se hacen cargo de la intersección de diferentes temporalidades históricas y tratan de elaborar con ellas un proyecto global” (1992: 71).

Ubicando la comunicación sostenida con las investigadas en las condiciones del contexto, la modernidad es esa a la que se refiere María Dolores Paris Pombo, calificándola como espejismo. Como un mundo que parece siempre al alcance de la mano, pero al que nunca se puede acceder. Porque, en realidad, la “modernización” es una permanente vía de polarización de la sociedad, pues su tendencia es la división entre prosperidad y miseria, prestigio social y frustración, en una sociedad construida sobre la abundancia y el consumismo y otra construida sobre la escasez (Paris Pombo, 1990: 8).

Herlinda, una modesta costurera, lo expresa con palabras que no tienen el cariz académico, pero que reflejan la realidad desde la sabiduría de las mujeres del pueblo:

Estamos tan pobres y a pesar de que trabajamos. Y trabajamos mucho, y es muy difícil nuestro trabajo. Mi máquina está ya muy antigua [...] No he podido comprar una más moderna [...] no me alcanzan los riales [dinero]. Dicen que Nicaragua ahora está modernizada [...] pero ¿qué podemos agarrar los pobres? [...] Esas máquinas que están en la zona franca, esas sí son modernas. Pero yo no aguante a trabajar ahí [...] Mejor me quedo con mi máquina vieja y sigo haciendo lo que puedo.

Evidente se hace, no cabe duda, la necesidad de tomar conciencia sobre esta “modernidad” (que ya se denomina como “posmodernidad”), tan poco equitativa. La realidad demanda un análisis en todos los renglones, para fijar metas a largo, mediano y corto plazo. Sin privilegiar la teoría sobre los hechos ni recurrir a un intelectualismo abstracto que aísle de la realidad. Pero tampoco a un craso pragmatismo que desgaste. Lo demandan seres humanos como Herminia y las mujeres que protagonizan este estudio.

DÓNDE Y CÓMO UBICAN LOS DETERMINANTES DE SU PROCESO DE EMPOBRECIMIENTO

“La pobreza no es la misma ni es igual”, expresa Sarah Bradshaw (2002) en el título que le da al informe de una investigación. Se trae a colación porque lo utiliza, precisamente, para respaldar el criterio de consideración de la pobreza dentro de un contexto más amplio de privación que el que acostumbran a darle algunos organismos internacionales,

cuyo análisis más común de la pobreza es siempre vía el ingreso y el consumo –procedimiento que termina llevando a estas instituciones financieras por los senderos de la retórica. Lo mismo sucede con el gobierno de Nicaragua, para el que la estrategia de reducción de la pobreza se basa en este tipo de concepción estática y descriptiva (Bradshaw, 2002: vii).

De acuerdo con la opinión arriba expresada, se aclara que la intención de esta investigación (ya se ha dicho en otro momento) es reflejar las demandas reales de las mujeres a las que se recurrió para el estudio de caso. De allí que se examinan los determinantes de la pobreza de los que hablan ellas, ubicándolos dentro de factores sociales, ambientales y organizacionales, y no sólo desde la privación del gasto y el bienestar económico o material –sin obviar, claro está, que el hambre tiene su causa principal y última en la carencia material, pero teniendo muy presente que existen otras carencias importantes y hasta determinantes, según los contextos específicos en que suceden. Así opera la dialéctica entre lo material y lo espiritual. Entre la base y la superestructura social, como se acostumbra decir en la ortodoxia marxista, cuyo método dialéctico sigue teniendo validez, hoy más que nunca.

Tomando como punto de partida que el bienestar no está determinado únicamente por los ingresos y gastos sino por factores sociales, ambientales y organizacionales, entonces se procede a exponer los enfoques que las mujeres dieron a cada factor, según sus propias representaciones, desde su experiencia en circunstancias concretas. No lo leyeron antes en algún libro ni lo escucharon en alguna conferencia especializada sobre problemas de economía o sociología. Cuando aceptaron participar como informantes, no se les dijo de antemano de qué se platicaría específicamente con ellas. No fue sino hasta el momento de las entrevistas que se les dio una explicación sobre los objetivos del estudio. Algunas que habían pasado la encuesta probablemente tendrían una idea del tema. Hay otras también que, por estar organizadas, ya han tenido la oportunidad de elaborar conceptos “inducidos” por las capacitaciones y el estudio orientado por especialistas. Tal el caso de las pequeñas empresarias (área rural y urbana) y/o las congregadas desde la práctica de la fe.

Respecto a lo planteado con anterioridad, por ejemplo, están las mujeres que poseen grado académico universitario y trabajan en instituciones de educación primaria, media o superior. En la aplicación de los instrumentos (guías de entrevistas y/o grupos focales), las preguntas (temas de la guía) fueron las mismas para todas. Y los procedimientos para seleccionarlas, someterlas al proceso empírico e interpretarlas fueron uniformes. Las diferencias residen, como es natural, en la particularidad de la vida de cada una –lo que, como ya se ha especificado, no es óbice para ubicarlas en un conjunto: grupo de mujeres empobrecidas de Nicaragua.

Es con el lenguaje coloquial, entonces, que materializan la percepción que tienen desde sus vivencias diarias y permanentes de mujeres que luchan denodadamente para sobrevivir. Algunas después de pensar un relativo largo tiempo, otras espontáneamente, fueron mencionando durante los coloquios (entrevistas) individuales y grupales lo que se ha dado en llamar aquí los determinantes de su empobrecimiento. Es decir, esos factores que, desde su opinión, las ubican en el sector de las y los empobrecidos del país e identifican su condición desigual de género. Su pobreza se manifiesta a diferentes niveles o en distintos sitios:

- A nivel de la sociedad, su posición está determinada, en última instancia, por la discriminación que el mercado de trabajo y los espacios políticos han institucionalizado para ellas (desempleo abierto, considerable baja en la tasa de participación, abandono de búsqueda de empleo, expansión del sector informal o de los servicios y caída de ingresos medios).
- A nivel de la comunidad, sus roles y responsabilidades están configurados por las normas de género que las demás personas asumen (discriminación y exclusión desde el poder masculino y misógino).
- A nivel del hogar, su pobreza relativa es reforzada (una carga más difícil) por las relaciones desiguales de poder entre los géneros (asunción de responsabilidades que debieran ser compartidas e invisibilización de su trabajo).

Con base en estos presupuestos de cómo las mujeres experimentan su empobrecimiento de manera particular (en representación del grupo seleccionado para el caso), se pretende aportar un intento por comprenderlas. Y así se les cede la palabra. Para que vayan, poco a poco, por mediación de su reflexión personal, desde una experiencia grupal y/o individual, exponiendo lo que a continuación se resume.

EL EMPLEO Y LOS SALARIOS

Fenómeno forzado por las condiciones del sistema, el empleo no siempre es un índice positivo de empoderamiento real de las mujeres, pues los salarios bajísimos no permiten subsanar la falta de ingreso familiar disminuido. Junto a los hombres, las mujeres asalariadas han experimentado una progresiva reducción de sus ingresos reales y de su capacidad de consumo, así como una permanente inseguridad laboral. Brenda, profesora de un instituto público de Managua, afirma:

La situación es bastante agobiante, principalmente para la mujer. Yo trabajo. Y aunque en mi caso tal vez tenga un salario

regular, porque trabajo doble jornada, no me ajusta. Aun así se siente la dificultad económica [...] Porque hay que pensar en pagar todos los servicios básicos, en mantener la escuela de todos los niños de la casa. En la comida, en todas las cosas.

En Nicaragua, la ampliación y agudización de la pobreza (o empobrecimiento) ha sido producto directo del desempleo y el deterioro de los salarios. Así por ejemplo, la reducción del poder de compra del salario real promedio entre 1991 y diciembre de 2004 fue del 52,1%. En 1991, con un salario mensual promedio se podían comprar 1,44 canastas básicas. En diciembre de 2004, el mismo salario promedio ya no era suficiente para comprar una canasta básica. Sólo alcanzaba para adquirir un poco menos de tres cuartas partes de ella. Esa drástica caída en el poder de compra de los hogares empobrecidos al extremo es, obviamente, la clave para reducir el consumo de las familias.

Me buscan bastante. Tengo mucho trabajo, pero sólo da para medio comer. Ya no puedo comprar lo mismo que antes. No me ajusta. Tengo tres chavalos [niños] en el colegio. Dos en secundaria y una en la primaria. Y todo el dinero que gano se va en ellos. Por ellos, que ya están grandes, quisiera hacerle mejoras a mi casa, pero eso es un sueño. Quién sabe cuándo lo haré. Los chavalos crecen y ya van dos para la universidad, entonces la cosa va a ser peor (Esther, modista que posee un taller con dos operarias).

Los *salarios* y la *situación salarial* son temas permanentes de todas las participantes. Sobre los primeros, es unánime la opinión de que “*no ajustan* para la manutención de una familia” (expresión generalizada en el grupo de las que trabajan) y, consecuentemente, afirman que la situación salarial de Nicaragua “es precaria”. Pero esa precariedad no se debe, según ellas, únicamente a las políticas económicas que desde el poder externo o interno a la nación se deciden implementar para el país. También llevan la carga de la corrupción, que agudiza la injusticia. Y no están equivocadas. Su percepción de la realidad las lleva a decir, de diferente manera, lo que Julio Francisco Baez, permanente crítico de los evasores de impuestos –muy acucioso y hábil, para que lo comprendan quienes lo escuchan en sus comparecencias en programas radiales y televisivos, y lo leen en sus escritos– dice: “Hay recursos suficientes, pero hay una inequidad fiscal escandalosa y hasta un saqueo legalizado” (Baez, 2006: 34).

Es que “pobreza y corrupción son hermanas gemelas e hijas legítimas del neoliberalismo o capitalismo salvaje [...] que en Nicaragua ha degenerado en salvajismo social y político”, asegura Reinaldo Antonio Téfel en el prólogo a una obra de Oscar-René Vargas (Vargas, 2000: 13-14).

Al respecto, el mismo Vargas expresa que la corrupción en el país tiene tres vertientes, provenientes de las altas esferas políticas y de los negocios: la del estamento político, la del sector económico-financiero y la policial-judicial. Y sobre la base de argumentar que “la manera de entender la corrupción es sentirla”, ilustra cómo la población nicaragüense ha ido reaccionando ante el fenómeno. Así explica que, para febrero de 2000, 84 de cada 100 nicaragüenses percibían que había corrupción gubernamental, y lo manifestaban adjudicándole a los funcionarios públicos algunas características tales como: vida ostentosa, rápido aumento de bienes y casas, altos salarios en dólares, combinación de la función pública y los negocios, y tráfico de influencias –variables que para febrero de 2000 tienen un acumulado de un 89%. Si se comparan las mismas cinco variables con septiembre de 1999, se observa que en cinco meses hubo un incremento de 9,6 puntos porcentuales, pues el acumulado era de sólo 79,4% en ese período.

Entre esa ciudadanía que percibe la corrupción como determinante de su situación económica se encuentran las investigadas. Veamos cómo lo expresan María Isabel y Margarita. La primera trabaja como telefonista de una institución estatal, y la segunda se dedica a los oficios domésticos “por día” en diferentes casas (lavar, planchar, limpiar).

Siempre trabajando duro; trabajando duro, duro, siempre; pero el salario actualmente no ajusta para la manutención de una familia. Digamos, para comprar lo más esencial de una familia. Ya que los sueldos son ¡demasiado bajos! Ya quisiera yo tener la décima parte de lo que tiene un diputado para vivir. Y qué me dice de los Pella, que dicen que no pagan impuestos (María Isabel).

Los sueldos son ¡demasiado bajos! Y más si se trata de sueldos, digamos, no de personas que tienen una gran profesión, sino de una ama de casa, de una que trabaje de doméstica [...] Un ministro gana más de 90 mil [córdobas]. Un diputado ¿Cuánto gana? Más de 5 mil dólares. Y tienen tarjetas de crédito. Tienen doscientos galones de gasolina [...] muchas cosas para su familia [...] De un día para otro resultan con grandes mansiones. Y no trabajan. Sólo hacen daño [...] Ganan mucho [...] y hacen daño. Mientras uno medio come con lo que gana trabajando duro, muy duro (Margarita).

No hay permanencia de por lo menos un salario regular fijo dentro de muchos de los hogares que cada una de ellas representa. Aunque sean solteras, han asumido obligaciones para otras u otros familiares, especialmente la madre y/o el padre o hermanos y hermanas menores y/o

mayores que dependen de su ayuda, porque son estudiantes, padecen alguna enfermedad o no tienen trabajo. Y las casadas o acompañadas, para el marido desempleado. Se suman a esto los elevados precios de los servicios públicos esenciales (luz, agua, etc.) en desproporcionada relación con el monto salarial y la carestía de los comestibles y medicinas.

Eco de muchas opiniones es la de Ileana, una estudiante de derecho que trabaja como asistente en el despacho de un grupo de abogadas:

Aunque uno tenga un salario, pero este es bajísimo. De ese salario no da para pagar luz, porque está elevadísima ahora. No da para pagar agua, que son las cosas esenciales de la vida: la luz y el agua. Y [...] lo que se está ganando es ¡no para comer! Porque sería aventurarse mucho decir que se va a comer con eso. Es para medio comer, para sacar lo más esencial. Ya una familia casi no come. Como dice uno en buen nicaragüense: se la ve de a palitos.

Hay en Nicaragua una enorme expansión del *sector informal* (principalmente en los servicios), sumada a una caída de los ingresos medios. El poco sector industrial que existe, el sector comercial y el resto de las actividades de la iniciativa privada, así como el Estado, en lugar de absorber una creciente mano de obra, son cada vez más incapaces de dar empleo a la gran cantidad de mujeres y hombres potencialmente productivos. Menos oportunidad tienen las mujeres, que son desplazadas a los servicios y, fundamentalmente, al sector informal. Abundan las vendedoras de “lo que sea”, para subsistir.

Una de las investigadas, quien en la década del ochenta era funcionaria-activista (profesional, se decía) del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en el poder en ese entonces, ahora se dedica a vender ropa de paca (ropa usada y/o desechada, proveniente de EE.UU.; coser algún vestuario y/o pieza de tela para el dormitorio, el comedor, etc. de las casas de sus clientas, cuando se lo encargan) y por las tardes cocina carne asada, tajadas fritas (de plátano verde), maduro (plátano) frito, gallo pinto (arroz con frijoles) y otros platillos de la cuchara nicaragüense que se acostumbra comer como cena. Así ha sobrevivido. Es Petra un caso especial, porque por un lado testimonia su situación de mujer empobrecida y al mismo tiempo la situación de otras mujeres que acuden a ella, para comprar a precios módicos, sobre todo ropa de vestir de la que viene del exterior. Habría que poner atención a lo que Petra expresa:

Fui funcionaria del Ministerio de Relaciones Exteriores y estuve con una organización dedicada a trabajar con mujeres. También trabajé con los CDS (Comités de Defensa Sandinista)

y en otras cosas [...] Después de que se perdió la revolución, me quedé sin trabajo y al poco tiempo me divorcié [...] Tengo mi taller de costura, vendo carne asada y otras cosas por las tardes [...] Bajo el almendro [frente a su casa], pongo la parrilla y la mesa y ahí me llegan a comprar. Y vendo ropa de paca. Tengo bastantes clientas. Hay de diferentes precios. En las mejores pacas, vienen vestidos, cortinas y ropa de dormir y muchas piezas muy bonitas y de buena calidad. Vendo regular. Así me voy defendiendo. Porque todavía tengo una hija pequeña y la grande que aún no se ha casado y gana sólo para ella en su trabajo. El mayor está estudiando medicina en Cuba.

Los mercados de trabajo cada vez se fragmentan y polarizan más por causa de la automatización y computarización (aunque en las escalas propias del país). Proliferan los trabajos de mala calidad y mal remunerados, poco capitalizados y socialmente improductivos. Pero este desmesurado aumento del sector laboral informal tiene una caracterización positiva, para efectos de la ideología neoliberal.

Al respecto, un original texto de la obra de María Dolores Paris Pombo cita a teóricos como Vargas Llosa y Hernando de Soto cuando, retrotrayéndose a la proclama liberal de hace más de dos siglos, vuelven a asegurar que no es la economía informal el problema. Por el contrario, el problema reside en el “exceso de Estado”. Así, con su desfachatez ideológica de derecha pura (o deshumanización, como se quiera llamarle) acostumbrada, dicen que la economía informal es fruto del “espíritu creativo”, trabajador y productivo de los “pobres” del tercer mundo. Y que, por tanto, lejos de ser un problema económico, el trabajo informal sería una solución al subdesarrollo (Paris Pombo, 1990: 85).

Son estas “teorías” la base de la política hacia el empleo de gobiernos como el nicaragüense a partir de 1990. No pocas veces el discurso estatal va dirigido a responsabilizar a la y el desocupado por su falta de trabajo, obligándolos a buscar salidas individuales y de sobrevivencia a un problema que es responsabilidad estatal.

Para el CENIDH, los bajos ingresos de la población nicaragüense obedecen a que, en su gran mayoría, están subempleados en el sector informal de la economía. Los datos de la FIDEG dan cuenta de este fenómeno: mientras en 1995 los hombres que trabajaban en condiciones de subempleo correspondían al 43,4%, en 2004 este porcentaje se elevó al 65,2%. Por su parte, las mujeres que en 1995 trabajaban en condiciones de subempleo sumaban el 44,4%, incrementándose al 80,2% en 2004 (CENIDH, 2006: 96-97).

A partir de 1990 en Nicaragua, año tras año ha sido continua la disminución de los salarios reales y el deterioro de las condiciones de

vida de las mujeres. Dice Melania, una recepcionista de TELCOR (empresa de telecomunicaciones y correos):

Gano, prácticamente, lo mismo que en el año 1999 y ahora compro menos.

La mayoría de los hombres, y en especial de las mujeres nicaragüenses que trabajan en el subempleo, ven lesionado su derecho a un nivel de vida adecuado, al no poder realizar una actividad económica que genere ingresos suficientes para cubrir no solamente sus derechos más elementales, sino poder recrearse y ofrecer una vida mejor a sus hijos. Ese panorama se vio deteriorado al aumentar el costo de la factura petrolera. Datos oficiales indican que, durante el primer semestre de 2004, las importaciones nicaragüenses de petróleo sumaron 1.044,5 millones de dólares, mientras en el mismo período de 2005 fueron de 1.193,1 millones, registrándose así un incremento del 14,2%. Un caso especial es el del *bunker* (derivado del petróleo utilizado en la producción de energía). En el primer semestre de 2004, Nicaragua importó 2 millones de dólares, mientras que en el mismo período de 2005 fueron 17,2 millones (CENIDH, 2006: 97).

Una joven informante que trabaja en su casa transcribiendo documentos para ONG afirma:

La gasolina subió mucho, en vez de la carcachita [carro viejo], mejor tengo una moto y con ella me muevo [...] y hasta paso trayendo a una compañera por su casa, cuando va y cuando sale del trabajo [...] me ayuda con la gasolina.

LA CARESTÍA DE LA VIDA: COMESTIBLES (CANASTA BÁSICA), SERVICIOS DE SALUD Y EDUCACIÓN

Según estadísticas oficiales del Banco Central de Nicaragua, a noviembre de 2004, el costo de la canasta básica de 53 productos en el área de Managua fue de 2.602,7 córdobas –aunque economistas independientes y organizaciones sindicales la ubicaron por encima de los 5.567,83 córdobas. Pero, independientemente de cuál sea la fuente, la realidad es que las mismas estadísticas oficiales presentan evidentes contradicciones que las vuelven poco confiables (CENIDH, 2006: 117).

Según las encuestas mensuales de la FIDEG, la canasta básica en la ciudad de Managua durante el mes de septiembre de 2005 tenía un costo de 7.254,25 córdobas. Entre los productos que registraron mayores incrementos respecto de 2004 se encuentran el detergente, el café molido y los huevos. Mientras una buena parte de los salarios quedó congelada o se incrementó sólo levemente, el valor de la canasta básica sufrió continuas alzas, principalmente en el gas,

medicamentos, productos y servicios básicos, afectando los presupuestos familiares.

Regina, una trabajadora de la Zona Franca de Managua que haciendo horas extras “logra alcanzar” un salario de 1.900 córdobas, y cuyo esposo en este momento está desempleado, expresa:

Lo que gano no me alcanza para la comida. Y eso que trabajo horas extras. Tengo dos niños pequeños y lo que hago es garantizarles la leche y su comida [...] Pero ya para nosotros [los adultos] ya casi no da. Más o menos comemos cuando él [esposo] consigue porque lo llaman [...] trabaja manejando y le pagan por día. A veces trabaja una semana, pero a veces no.

Muy ligado al problema del salario y el empleo está lo que ellas denominaron como “carestía de la vida”. Se refieren a los altos precios de los *servicios básicos* (luz, agua, teléfono), de los *comestibles* (canasta básica) y de las *medicinas* y la *educación*. Estos dos últimos rubros son casi inaccesibles para la mayor parte porque, privatizados en lo esencial (aunque aparezcan como servicios públicos), cada vez se les alejan más como derechos. Otras expresiones se traen aquí para ilustrar la totalidad de las quejas al respecto:

¡No estamos bien! Porque hay necesidades que no se llenan [...] ni siquiera las de una emergencia [...] Si da para estudiar, no da para la salud. Se trabaja, no para mantenerse [...] sino para medio mantenerse, medio vivir (Zulema, joven embarazada).

En el discurso del gobierno, el alza de los precios se asocia permanentemente a las nuevas cotizaciones internacionales del petróleo y derivados, así como a los ajustes en las tarifas de algunos servicios públicos (transporte, electricidad y agua) y a los problemas de oferta de ciertos bienes agrícolas para el consumo interno. En torno a esta cuestión, una informante ilustra:

¿Cuánto cuesta una libra de frijol? Siete pesos, y hasta nueve y diez. El arroz cuesta cinco y seis córdobas. Ya ni el gallo pinto [plato nicaragüense hecho de arroz con frijoles] podemos comernos. ¿Cuánto cuesta un litro de leche? [...] El azúcar, el jabón, todo, todo está carísimo. No hay riales que alcancen [...] Y eso que en mi casa trabaja mi marido y trabajo yo. Y así no nos alcanza [...] ¿Qué pasará en donde sólo trabaja uno de los dos? Sólo la voluntad de Dios (Consuelo, secretaria en una escuela de una universidad privada de Managua).

Dentro de lo que ellas identifican como *carestía de la vida* está el problema de los servicios de salud, uno de los más agudos para las mujeres en

Nicaragua, donde, de una PEA de 1,9 millones de personas, sólo el 26% goza de los beneficios de la seguridad social –aunque la Constitución Política establezca el derecho a la seguridad social como una obligación del Estado frente a los ciudadanos. Sin embargo, dicha responsabilidad no fue asumida por los gobiernos desde 1990. A través de diversas reformas, estos pretenden privatizarla, lo que resultó más notorio a partir de 2000, tras las exigencias de organismos internacionales como el BID, el BM y el FMI. Mediante préstamos para la realización de tales reformas, estos organismos endeudaron al país por más de 75 millones de dólares. Su exigencia de transformar a la seguridad social, de un modelo público o de reparto de pensiones, a un modelo de capitalización individual obligatorio, creando para tales efectos las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) –para lo cual desembolsaron sumas millonarias en concepto de préstamos–, no respondió a la realidad de Nicaragua. Consiguientemente, generó pérdidas económicas e incertidumbre en quienes cotizan como pensionadas y pensionados.

El Ministerio de Hacienda y Crédito Público tiene una deuda de 77 mil millones de córdobas con el Instituto Nicaragüense de Seguridad Social (INSS), que se viene arrastrando desde los anteriores gobiernos. Pero el Poder Ejecutivo no ha manifestado voluntad política para cancelarla. Al respecto, el CENIDH considera que, si continúa esa falta de voluntad política del Ejecutivo, se acelerará el colapso del INSS y se creará un mayor caos en el país (CENIDH, 2006: 137).

Igual o peor quizá es la situación de los hospitales y centros de salud. Sucede que el gasto en salud durante 2004 fue de 2.060 millones de córdobas, lo que representó un aparente aumento de más de 300,5 millones de córdobas, aproximadamente, en comparación con el año 2003. Es decir, un 15% más –porcentaje que corresponde al índice de devaluación e inflación de 2003 y 2004, que fue proyectado igual. Por tanto, en 2004 no hubo aumento del presupuesto de salud. Durante 2005, el presupuesto designado para este ministerio fue de 2.671,5 millones de córdobas. Tomando en cuenta el análisis anterior, el aparente aumento no es más que el índice de devaluación e inflación, por lo que tampoco existió un aumento significativo en el presupuesto (CENIDH, 2006: 144).

Medicamentos y recursos para exámenes de laboratorio deben ser pagados por los propios pacientes. Igual sucede cuando necesitan realizarse alguna intervención quirúrgica. Prácticamente los servicios de salud están privatizados. Y lo poco que brindan sin costo para las y los pacientes es de muy mala calidad. Pero no son las limitaciones económicas las únicas causantes de la precariedad del servicio público de salud. También es la negligencia en la compra de bienes que permitirían mejorar la calidad en la atención a las y los usuarios. Contradictorio

resulta, por ejemplo, que por una parte se les pide a las y los pacientes y sus familiares asumir algunos costos de materiales de reposición y exámenes, cuando en el presupuesto se consignó una partida que suple tales necesidades.

Los únicos beneficiados con esta situación contradictoria son los negocios de empresas privadas, que se dedican, con ánimo de lucro, a la venta de servicios de salud e insumos –arriesgando así la salud de la población, principalmente la de aquellas mujeres y hombres de escasos recursos económicos que no tienen capacidad de pago y en su mayoría provienen de los barrios más empobrecidos y las zonas rurales y regiones autónomas de la Costa Caribe. Dice Cecilia al respecto:

Ahora, por la falta de riales [dinero] ya uno se aguanta las enfermedades y sólo se queda esperando la voluntad de Dios. O se cura si hay una persona que lo ayude. Porque los doctores sólo entregan la receta y uno tiene que comprar los medicamentos.

La disminución del bienestar social ha sido acentuada por los drásticos recortes presupuestarios al gasto público social. Karen, una joven madre que vive en un barrio oriental de Managua y es costurera en un taller de “rápida costura”, expresa el dramatismo que la situación significa para las mujeres. Dijo estas palabras, precisamente, cuando en un grupo focal se le preguntó qué era “lo peor de la situación”:

Cuando tenemos un hijo y está enfermo y no tenemos para curarlo. Lo llevamos al hospital y no hay medicinas. Tenemos que comprarlo todo, hasta el algodón. Esa es la parte peor, es lo que más duele.

En todos los hospitales públicos existe la modalidad de servicio diferenciado de atención en salud, destinado a ofrecer servicio privado utilizando la infraestructura pública. Algunos directores de los centros hospitalarios han justificado esta modalidad de servicio, como una manera de obtener recursos económicos para suplir gastos que no cubre el Presupuesto General de la República, es decir que se invierte en los mismos hospitales. Sin embargo, no se menciona que además sirve para crear un ingreso extra al personal médico, que históricamente ha reclamado mejores condiciones salariales. El riesgo que se corre con la implementación de ese sistema de salud paralelo es que se haga prioritaria la atención a la o el paciente que puede pagar el servicio de salud, en detrimento del derecho que tiene quien no puede hacerlo. De hecho, la persona que recibe atención gratuita debe esperar hasta doce horas por una consulta médica, con el agravante de obtener una receta médica que, por falta de recursos económicos, no podrá hacer efectiva.

Lo mismo le sucede con los exámenes médicos y “con mucha suerte obtiene una segunda cita para seis meses después con el especialista. Esta situación deja a la gran mayoría de la población en una situación de mayor vulnerabilidad [...] El sentido mercantil que se le ha dado al derecho a la salud, entendiéndose como un servicio que presta el Estado y no como una obligación de este en beneficio de la población, como un derecho que el Estado tiene que asegurar a las y los ciudadanos. La implementación de dicha política genera beneficios económicos a un sector de profesionales vinculados a la salud, profesionales a quienes en su mayoría el Estado ha financiado sus estudios universitarios de pre y post grado. En los últimos cinco años, con el argumento de modernizar el acceso a la salud y en consecuencia el servicio, el Estado de Nicaragua ha implementado políticas que lo eximen de su obligación de asegurar a la población este derecho, fortaleciendo de esta manera el negocio de la empresa privada dedicada a prestar servicios de salud, un negocio que en los dos últimos años ha resultado de los mas lucrativos” (CENIDH, 2006: 145-146). A propósito, otra mujer trabajadora en el área de limpieza de una universidad expresa:

Esto es duro [...] Te sentís enferma y vas al hospital, porque ya sentís que no aguantás los dolores y los malestares. Y ahí el doctor te da unas pastillas nada más [...] Yo le he estado diciendo a la doctora que necesito que me vea el especialista de los riñones, porque ya estuve muy enferma el año pasado, pero ella me dice que hasta dentro de dos meses puedo llegar.

No falta ante este dramático panorama algo muy propio de la ideología burguesa: el *asistencialismo*. A cambio de la máxima contracción del presupuesto dirigido al “desarrollo hacia adentro” (Paris Pombo, 1990: 46), se trata de evitar el temido colapso social recurriendo a políticas asistencialistas, que en muchas ocasiones terminan siendo algo así como que *los pobres dan para los pobres*.

Pero en Nicaragua no se habla sólo de vaso de leche y mochilas con útiles para escolares, etc. –eso que, para la socióloga Paris Pombo, es un “¡Magro paliativo para poblaciones que se hunden en la indigencia!” (1990: 46). No. En este país no hay mucho de eso. Lo que sí es seguro es presenciar “teletones”, por ejemplo, para ayudar a los niños quemados. Son organizados por la oligarquía, para aumentar los recursos de alguna señora que, desde el hospital más lujoso y caro del país, atiende unos cuantos niños y niñas que pasaron por la crítica y dolorosa experiencia en una pequeña sala adjunta. Una de las entrevistadas, desde su condición de maestra, precisamente alude al hecho, en el momento en que está reflexionando sobre por qué está pobre.

Tan pobres que estamos y otros cómo están de ricos [...] Por eso yo le digo, que da arrechura [cólera, enojo], perdone la palabra, ver cómo en esos teletones que hacen para ayudar a los niños quemados se juntan tantos riales. Y es la señora Pellas la encargada [...] Son millones [...] ¡Montón de pobres van ahí a dejar su cuota [contribución] y tal vez les hace falta para sus hijos. Y son unos cuantos niñitos los que ahí curan [...] Es un hospital para ricos. Uno no tiene cómo ir [...] Uno va al Alemán, al Vélez Paiz [hospitales públicos] donde ni una pastilla te dan.

También se estimula la compra de números de la Lotería Nacional para destinar fondos a la Cruz Roja –instalaciones de las que más de una vez han sido sacados famélicos trabajadores del campo que ven en ese lugar el último recurso para presionar al gobierno con una huelga de hambre, debido a que jamás les solucionan su situación de precariedad económica y personal y de salud. Caso concreto, los miles de campesinos y campesinas que en más de una ocasión han acampado frente a la Asamblea Nacional de Nicaragua, a la espera de poder solucionar sus demandas. Son hombres y mujeres afectados, de por vida y para siempre, por el agroquímico nemagón, un producto que ciertas transnacionales del gremio de la química diseñaron y fabricaron, allá por los finales de los años sesenta, para combatir a los nemátodos que hacían daño a los cultivos de banano. Por ello resultó muy útil en los feudos de las “repúblicas bananeras” del mundo, pertenecientes a las transnacionales fruterías, entre ellas Nicaragua. Interesadas en el incremento de su capital, estas portadoras del capitalismo transnacional jamás se preocuparon por las pruebas de laboratorio hechas con el agroquímico, que advirtieron claramente de su peligrosidad y nocividad.

El nemagón es, en Nicaragua (como será en otras partes del mundo), símbolo de muerte y sufrimiento. Son dolorosas las experiencias a las que se llega por medio de las consecuencias atribuidas al nefasto invento: diversidad de cánceres, deficiencias mentales, malformaciones genéticas, esterilidad y dolores por todo el cuerpo, entre otras no menos funestas.

Una de las entrevistadas condujo, sin proponérselo, hacia este particular tema de la empobrecida Nicaragua de estos inicios del siglo XXI. Lo mencionó al referirse a las injusticias que la lastiman. Pero, luego de finalizada su intervención, otra pidió la palabra y contó que es sobrina de una campesina víctima de esta tragedia. Esa es la hermosura de la investigación cualitativa: jamás se sabe qué se encontrará en las subjetividades expresadas durante el proceso. Ella, Aracelly, precisamente se salvó (por el momento) de formar parte del grupo de enfermos

y enfermas que aún siguen naciendo. Se vino para la capital y vive en el Anexo de Villa Libertad, donde le da posada una señora conocida de la familia. Allí se va a quedar los sábados por la noche, para pasar el domingo y algunos días festivos en los que no trabaja. El resto de la semana vive en la casa donde es empleada doméstica de una doctora. Ha recibido algunas atenciones de la misma. Sin embargo, siente la frustración de no poder, con su salario, ayudar a la familia como quisiera. Conmovida, esta joven mujer que sobrevive al nemagón y a la pobreza expresa, desde su imaginario:

Le doy gracias a Dios porque la señora donde trabajo, como es doctora, me regala medicamentos de vez en cuando, para que yo les dé a mi familia [...] Son muestras médicas [...] Me sirven, principalmente para mi tía [...] Ella me receta cuando me siento mal. Es buena [...] Por lo menos estoy viva y [relativamente] sana [...] Como vivo ahí en esa casa, hago mis ahorros, para cuando voy a ver a mi familia.

Volviendo al tema de la caridad, producto inevitable de la doble moral que caracteriza la cultura del sistema mercadocéntrico, se cierra este acápite recordando al respetable humanista Reinaldo Antonio Téfel. Este ex ministro del Instituto de Seguridad Social y Bienestar (INSSBI) y luego director del Foro Democrático –organización que desde la denominada sociedad civil trabajaba en función de la verdadera democracia–, el 24 de junio de 1998, en la presentación del libro *Pobreza en Nicaragua: un abismo que se agranda*, escribió algo que viene muy bien respecto de lo aquí expuesto.

La solución para esos fundamentalistas consiste en un doble abordaje. Primero, la limosna o “caridad”, que traducido a la modernidad neoliberal se llama equidad, en vez de justicia social, que ha sido proscripta de sus pomposas declaraciones, así como la igualdad; y segundo, capacitarlos con los cuatro primeros grados de primaria y, como lujo, hasta el sexto. Para las maquiladoras basta que lleguen al cuarto (Téfel en Vargas, 1998: 9).

DESEMPLEO, SUBEMPLEO Y FALTA DE FUENTES DE TRABAJO

Para Nicaragua, los años 2004 y 2005 dejaron nuevamente comprobado el deterioro de las condiciones laborales en todos los sectores de la economía. La tutela de los derechos de las y los trabajadores sigue siendo deficitaria. Se continúa marcando la tendencia de los operadores de la justicia laboral de utilizar las leyes en menoscabo del derecho de las y los trabajadores y en tutelas reales para los empleadores (CENIDH, 2006: 219).

Es que el pensamiento neoliberal considera perjudiciales a las políticas sociales redistributivas del Estado (las inversiones sociales que transfieren fondos y recursos de las clases más pudientes a los sectores populares), porque merman la capacidad de ahorro de las clases adineradas (que tienen mayores posibilidades de inversión) disminuyendo así la inversión, la creación de empleo y el bienestar social.

A pesar del propalado crecimiento económico, de 2000 a 2005, el nivel de desempleo se elevó. El supuesto crecimiento de la economía no se refleja con equidad en la distribución del ingreso. La pobreza y el desempleo continúan siendo parte de las “asignaturas pendientes” (Vargas, 2006: 22). Vuelve a ratificarse que, para el desarrollo integrado, el ciclo de crecimiento no es una condición suficiente. Y que, por tanto, el fenómeno expresa la acumulación capitalista y la concentración de riqueza, ganancias y poder.

El *desempleo* es un fenómeno agobiante y muy conmovedor, cuando las mujeres lo mencionan como determinante de su situación de empobrecimiento. Trastoca sus vidas material y moralmente. Mariela, una joven mujer que no pasa de los treinta años de edad, expresa:

A pesar de que soy una mujer soltera, tengo mis propias necesidades. Tengo mis dificultades también, en cuanto a mis estudios [...] Necesito cubrir ciertas necesidades personales, para las cuales casi siempre no me doy abasto. Porque ahorita no tengo un empleo. Y aun teniendo un empleo. Pero menos ahora que estoy sin trabajo.

Subyacen en el fenómeno del desempleo dificultades impuestas por el ajuste estructural al desarrollo del sector productivo, así como los procesos de privatización que minaron las instituciones públicas y privadas alentando la corrupción. Hay mucho que decir. Por ejemplo, que también esta situación es producto evidente del esquema económico mundial, cuyas políticas son definidas por los organismos financieros multilaterales. Y cuya aplicación exigida a la nación nicaragüense guarda una relación muy concreta con el aumento de la violencia en el país. Aunque no es escenario de la grave situación de criminalidad propia de Guatemala, El Salvador y Honduras, Nicaragua sí ha incrementado en los últimos años todas las formas de violencia –especialmente la violencia juvenil e intrafamiliar.

A propósito, Mónica Zalaquett, en un escrito en el que pregunta “¿Por qué tanta violencia?”, desde la página de opinión de *El Nuevo Diario*, atinadamente llama a la reflexión a los organismos financieros. Les demanda que debieran analizar cómo las repercusiones sociales de las políticas públicas, y en especial el desempleo, han afectado las concepciones machistas imperantes en la sociedad y el rígido esquema

autoritario familiar predominante, pues es muy real que los cambios en los roles tradicionales de las mujeres y el incremento del desempleo masculino cuestionan las relaciones de poder en la familia, colocando a los hombres a la defensiva. Y, consiguientemente, exacerbando en ellos comportamientos violentos o autodestructivos, debido fundamentalmente a que, cuando la mujer se convierte en el sostén del ingreso familiar, el hombre siente que se le cuestiona su papel autoritario de padre o “jefe de familia”.

La crisis económica y social ha “masculinizado” a la mujer, pero el hombre no se ha “feminizado”. Es decir que el hombre, por muy desempleado que esté, no ha ocupado el lugar de la mujer cuando ella se ausenta del hogar. En cambio esta, de acuerdo con la rapidez de las circunstancias, ha desarrollado destrezas laborales. Pero sigue asumiendo las labores de la vida doméstica. Porque el hombre no ha hecho lo mismo con respecto a estas tareas. Consecuencia de todo esto es la violencia intrafamiliar (Zalaquett, 2006: 12B).

Algo denotan las expresiones de una informante:

Me levanto muy temprano a preparar el desayuno y a ver que los chavalos se arreglen para irse al colegio. Luego, me voy a tomar el bus para el colegio. Me llevo conmigo a la niña pequeña que está estudiando en una escuela que está cerca de mi trabajo [...] Voy llegando a la casa [de regreso] a las dos de la tarde [...] y la casa aún no ha sido limpiada. Los trastos del desayuno me están esperando para que los lave. Si no dejo preparado algo antes de irme por la mañana, tengo que ver qué hago de almuerzo. Aunque a veces llega mi hermana y me ayuda [...] él está ahí leyendo el periódico, buscando anuncios de trabajo [...] o bañándose, para salir a buscar trabajo. Regresa por la noche. Casi siempre de mal humor y gritando. No le digo por qué no me ayudó en algo con la casa, porque se empeoran las cosas y peleamos [...] Le tengo miedo cuando se pone violento.

La *desocupación entre la juventud* nicaragüense toca, en los sectores medios, al 22% de la fuerza de trabajo, y en los sectores más pobres, a más del 50%. Pero, en Nicaragua, los grandes empresarios y el gobierno neoliberal consideran como obstáculos en la generación de empleo a los salarios mínimos, las pensiones, una legislación que privilegie la estabilidad laboral y la presión sindical. Así las cosas, dentro de este patético marco ideológico, el desempleo tiene su causa, en primer lugar, en la política macroeconómica. Porque en vez de estar orientada hacia el bienestar, lo está hacia la estabilidad de los precios, la restricción fiscal y el desvío de beneficios para la esfera

financiera. Y, en segundo lugar (no por ello de menos importancia), está la carente política educativa bien articulada con un esfuerzo de desarrollo tecnológico, que especialmente favorezca la inserción de las y los jóvenes en empleos productivos, desde una difusión de innovaciones.

La reciprocidad o la percepción de la otra y el otro es fundamental en la conformación de los papeles que corresponde desempeñar a cada quien. Recuérdese que la propia identidad sólo es posible de definir al interior del grupo como socialización. Y más aún la identidad de las mujeres, que por manejos de la cultura siempre están “en función de”. Se les acentúa entonces esa socialización, cuando de identificarse se trata. Por eso, la desocupación que padece la juventud no es algo que pase desapercibido. Con sus símbolos de comunicación particulares, también aluden a la violencia que se apodera de la juventud. Debido, sobre todo, a la imposibilidad de encontrar un empleo digno, se conducen por la búsqueda de formas inadecuadas de sobrevivencia. María Haydeé dice, por ejemplo:

Me preocupan mucho mi hijos [...] Tengo dos varones que ya salieron de bachilleres y no consiguen trabajo para seguir estudiando [...] Yo no puedo pagarles la universidad. Y el papá está desempleado.

Este tema no pasa inadvertido a las mujeres, porque de una u otra manera las afecta directamente (desde las y los hijos y/o nietos, o desde las hermanas y hermanos y cualquier otro familiar al que deban ayudar). O desde ellas mismas, cuando son jóvenes. Veamos dos reflexiones de dos madres de familia, una mayor que la otra, pero ambas sufriendo las consecuencias del desempleo galopante que caracteriza a la Nicaragua que está iniciando el siglo número veintiuno. Isabel, que está llegando ya a los cincuenta años, y Justina, adulta bastante más joven que ella, dicen al respecto:

Hay muchos jóvenes que se han preparado y andan taxiando [conduciendo taxis] o de buseros [conduciendo buses] y no ejerciendo su profesión. Es el país el que no nos da oportunidad. También hay mujeres que son tituladas y están trabajando como empleadas domésticas o en una venta [tienda] en el mercado. Y hasta vendiendo cosas, para sobrevivir (Isabel).

Conozco una muchacha que es maestra y gana más lavando y planchando ropa. Ahí en esa casa [donde trabaja] tiene comida, tiene jabón. No tiene que comprar esas cosas y guarda sus riales (Justina).

En el ejercicio entre la reciprocidad y las alianzas que no son ajenas a las mujeres de esta investigación, por supuesto, ese “otro” de sus preocupaciones también abarca a los hombres. Complejo desarrollo de su identidad de mujeres madres, esposas, compañeras, amigas, tías y abuelas y/o hermanas mayores. Identidad del “yo” que se desarrolló con base en la identidad trascendente de su grupo familiar y/o hasta laboral. Ahí está su marco normativo y el tejido de su realidad simbólica. Y esas redes de imaginario dentro de las cuales se dibujan sus ideales como individuales, sus ideales como “yo”. Así, además de las y los jóvenes que no consiguen trabajo en lo que debieran, los maridos/compañeros desempleados también están en sus preocupaciones. Se suman a esa carga de diferencias entre géneros que les endurece la existencia y que las reta. Veamos algo tomado de todo lo dicho por algunas de ellas:

Cuando el hombre está desempleado es triste. Se mantiene de mal humor, sólo regañando a los chavalos. Sólo reclamando por todo. Siempre viendo las cosas oscuras [...] Pero hay que entenderlo, porque también está sufriendo. Creo que no hay quien no sufra cuando está sin trabajo [...] Y ahora en Nicaragua muchos hombres no tienen empleo. Eso también nos preocupa. No sólo por los riales que no entran en la casa, sino por lo mal que se siente.

FALTA DE APOYO FINANCIERO PARA LAS INICIATIVAS PARTICULARES DE TRABAJO

En el Plan Nacional de Desarrollo (PND) Operativo 2005-2009 se integra el enfoque de género en varios de sus componentes, que supuestamente favorecerán las iniciativas de las mujeres para montar sus propios negocios (pequeñas empresas). Están, por ejemplo, especialmente, en el Capítulo 2, que se titula “Construyendo un entorno competitivo”; en el componente “Desarrollo empresarial de las Micro, Pequeñas y Medianas Empresas (MIPYME)”; en la Meta N° 4; en el Capítulo 4, “Desarrollo humano”, dentro del aspecto relacionado con capacitación y formación; en el mismo capítulo, en lo referido a “Salud y nutrición”, en el componente “Protección social”; y en el Capítulo 5, en la parte que hace referencia a la “Gobernabilidad” (Ocón Núñez, 2004).

Como se ha consignado ya en otro momento, estas regulaciones terminan quedando sólo en discurso, porque jamás se destinan los recursos ni se propician las oportunidades para que las intenciones se conviertan en realidad –salvo casos muy aislados, que por ser tan escasos no permiten considerarse como la regla.

El PND, aunque el gobierno diga lo contrario, no fue consultado con todos los sectores organizados (menos aún con los que no

lo están) de la denominada sociedad civil. Noticieros radiales, medios de comunicación escritos y la opinión directa de mujeres y hombres de diversas edades que forman parte de algún tipo de organización lo demandaron en su momento, y/o lo siguen mencionando cuando en algunas actividades (conferencias, simposios, cursos de capacitación, etc.) implementadas para el análisis y discusión de la realidad nacional se aborda el tema del desarrollo.

Desde las opiniones de las informantes, se deduce que una parte inherente al desempleo y la precariedad es el casi nulo apoyo para la *inversión en pequeños negocios* (pequeña producción) –recurso último de muchas mujeres desempleadas (como de hombres también) para sobrevivir. Las cooperadas que formaron parte del grupo investigado lograron superar su situación como empresarias porque fueron beneficiadas por una ONG. Jamás han recibido ayuda alguna del Estado, y menos aún de un banco privado, para sus proyectos.

En *La Boletina* N° 64 –revista de la Fundación Puntos de Encuentro, de mujeres y para mujeres, con ya quince años de existencia–, se publican, precisamente, algunas sugerencias de dónde buscar información para mejorar la idea de negocio. Así les indican el nombre de cuatro lugares que otorgan préstamos y/o asesoría técnica a las mujeres: la Asociación Alternativa para el Desarrollo Integral de las Mujeres (ADIM), que brinda préstamos y asesoría; el Congreso Permanente de Mujeres Empresarias de Nicaragua; el Programa de Apoyo a la Microempresa Rural en América Latina y El Caribe (PROMER), que apoya iniciativas de minorías étnicas, grupos poblacionales que se encuentran en regiones remotas o aisladas, y microempresarias y pequeñas productoras rurales; y la Asociación Techno Serve, organismo no gubernamental internacional que organiza competencias de planes de negocio y que premia, luego de un proceso de capacitación, a las seis mejores ideas con un capital de 10 mil dólares (*La Boletina*, 2006a: 64).

No obstante, a pesar de que hay organizaciones no gubernamentales que prestan apoyo a las mujeres que desean y tienen capacidades para montar algún negocio y subsanar, de alguna manera, la situación económica, estas no son suficientes. Por esa razón, para las mujeres de este estudio (que mayoritariamente desconocen los instrumentos legales que refieren sus derechos), el gobierno es el responsable de la situación económica que atraviesan y la desigualdad de la que son víctimas. No hay diferencia de nivel escolar para sus apreciaciones. Las expresan todas. Especialmente cuando reflejan las injusticias; reiteradamente manifiestan cómo les duelen la corrupción y los salarios exagerados de funcionarios públicos de alto nivel y del presidente. Inevitablemente comparan su situación con la de ellos. Así, una respuesta, precisamente

al preguntarles dónde ubicaban la responsabilidad última de su situación, dice lo siguiente:

En el gobierno. Porque el gobierno no brinda las oportunidades para que todos trabajen [...] No genera empleos, para que todos, todos, tengan oportunidad de trabajar y así llevar a su casa lo que se necesita. Y a veces, por la desigualdad social que padecemos, también no todos tenemos las mismas oportunidades (Aura Lila, vendedora al “por mayor” y “menudeado” de cajetas de leche y de coco que elabora en su casa).

Conscientes de su ubicación desigual en las estructuras del sistema, tienen una apreciación de la corrupción como algo institucionalizado. Ubican al gobierno y a los políticos (presidente, ministros, diputados, funcionarios de alto nivel y miembros de las cúpulas partidarias) como “los principales corruptos” (tal fue la expresión de Diana, avalada por afirmaciones de quienes la acompañaban en el grupo focal del que formaba parte) y los que “dan el mal ejemplo” (dice María Isabel, otra joven mujer). Se resumen, en la siguiente cita, algunas otras expresiones en este sentido:

Son unos corruptos. Ganan megasalarios en dólares, mientras los pobres ganamos una miseria [...] Esos diputados no hacen nada, sólo llegan a pasar el tiempo y [...] ¿cuánto ganan? Una millonada de riales sin trabajar [...] Esos ministros, y el presidente no se diga. Todos son iguales, son unos [...] Son malos, no quieren al pueblo, sólo lo buscan cuando necesitan el voto [...] Y dan el mal ejemplo, porque ahora la corrupción está en todas partes. Como en mi trabajo, que nos hacen firmar un recibo con una cantidad mayor a la que nos pagan de verdad. Bueno, y para qué decirle más cosas.

Con el primer gobierno neoliberal, en 1990, tuvieron su origen los *megasalarios* en Nicaragua. Bajo la concepción de la competencia, se invocó como necesario “captar a los técnicos” de más alto nivel académico, pagándoles más de lo que ganaban en la empresa privada. En la práctica, esto resultó ser una falacia, pues muchos de los funcionarios públicos, desde el gobierno de Violeta Chamorro, durante el de Arnoldo Alemán y ahora con el de Enrique Bolaños, resultaron ser personas sin conocimiento de la realidad nacional, jóvenes sin experiencia y con una formación tecnócrata divorciada totalmente de la dosis de humanismo necesaria para la aplicación de políticas de desarrollo. Y muchos, con una incapacidad demostrada. Además, muchos no trabajaban ni trabajarían con la empresa privada, porque superan en número y en monto salarial las posibilidades de ese sector

—que, como ya se ha establecido, más que ser empresarios dedicados al desarrollo de las fuerzas productivas y la producción, están entregados a la especulación financiera.

Según la opinión de Oscar-René Vargas, los supuestos técnicos capaces que merecían los megasalarios resultaron ser personas sin experiencia acumulada en la gestión pública, con conocimientos básicos en negocios y trayectoria de subalternos en las empresas en las que trabajaban (Vargas, 2006: 54).

Pero, más que el análisis y descripción de estos burócratas defensores del neoliberalismo, lo importante es saber de dónde proviene el dinero con que se les paga. Y la respuesta es sencilla, tal como la manifestaron algunas de las investigadas: “de los impuestos (directos e indirectos) que paga el pueblo trabajador”. Y la forma de pago es en dólares norteamericanos. En tiempos del gobierno de Chamorro (primer gobierno neoliberal), se hizo con dólares en efectivo, proporcionados por la cooperación extranjera como donación o préstamos. Fueron recursos que, por tanto, no ingresaron a la Tesorería General de la República y se manejaron con discrecionalidad. Es decir, no existen registros de entradas ni transparencia respecto a cómo se gastaban. Fue la época de la “Caja Negra”, “a la cual entraron millones de dólares de origen desconocido, gastados secretamente ante la ignorancia de los ciudadanos” (Lainez, 2005: 14-A).

Para los actuales megasalarios de los poderes Ejecutivo, Legislativo, Judicial y Electoral, se utiliza el mecanismo de sacarlos de los impuestos en el presupuesto general de ingresos. Y van de la mano con privilegios que suman muchos millones de dólares, de tal suerte que una minúscula elite, en relación con los 5,6 millones de habitantes de Nicaragua, vive en la opulencia, acumula fortunas, hace negocios fabulosos, se convierten en empresarios. Vale decir que los funcionarios de los tres gobiernos neoliberales (1990-2006) se han regido bajo el concepto del oportunismo y el enriquecimiento rápido, sin preocuparse por tener prioridades ni programa estratégico para Nicaragua (Vargas, 2006: 54).

El desempleo, el subempleo y la injusta remuneración del trabajo son indudablemente formas de *exclusión*. Y la exclusión trae aparejadas la desigualdad y la injusticia hacia quienes la padecen en un contexto social dado. La exclusión social se asocia a muchos otros estadios y opciones de los seres humanos dentro de un sistema económico y cultural determinado (por opción sexual, pobreza, etnia, género, clase, nacionalidad, profesión u oficio, edad, etc.). Sin embargo, se dice que el concepto se acuñó en Europa, a manera de respuesta a un conjunto de problemas asociados con el desempleo a largo plazo, especialmente de los inmigrantes (Bradshaw, 2002: 8).

Este estudio concuerda con lo afirmado por Pablo Richard (1995), en cuanto a que las consecuencias del fenómeno de la exclusión son caóticas, porque trae consigo un proceso acelerado de desagregación y fragmentación. Se rompen todas las relaciones sociales y humanas y se desintegran la familia, la comunidad, el barrio y la sociedad entera. Crece la violencia general pero, más trágicamente, la violencia del pobre contra el pobre, del hombre contra la mujer, del adulto contra el joven o el niño, del vecino contra el vecino, de la vecina contra la vecina. “En medio de tanta desgracia se desarrollan las epidemias mortales, la droga y la delincuencia. A esto se suman las migraciones y desplazamientos forzados en busca de sobrevivencia”. Y, como si esta agresión a la naturaleza humana no fuese suficiente, hay aún que agregar, siempre de acuerdo con el citado autor, que “seguimos un modelo de desarrollo que es contrario a la naturaleza. El sistema no quiere invertir en la protección de la naturaleza, porque eso significaría el aumento del costo de producción, de los precios y la pérdida de competitividad en el mercado. El sistema de libre mercado, por lo tanto, sólo puede crecer destruyendo la naturaleza” (Richard, 1995: 14).

En este sentido, se asegura razonablemente que la categoría exclusión social enriquece, como concepto analítico, la discusión sobre las políticas de erradicación de la pobreza, por cuanto permite abordar de manera más integral los resultados de esta, ya que hace posible el análisis de aspectos tanto materiales como no materiales de las desventajas sociales (situaciones) aparejadas con las causas que llevan a las personas a caer en la pobreza. Pero también facilita las posibles maneras de “escapar” de ella, pues el enfoque comprende los aspectos distributivos de las desventajas –variaciones en el ingreso, la riqueza y el consumo– y los aspectos relacionales, como los patrones ocupacionales más notables, la participación social y los derechos. El análisis de las causas de la exclusión social, se asegura, complementa otros enfoques más económicos (Bradshaw, 2002: 9).

Baste, para las intenciones de este escrito (que no es propuesta para solucionar la pobreza), decir aquí que las mujeres del estudio padecen la exclusión social a diferentes niveles. No faltaron las quejas (valga la expresión para resaltar lo significativo del tema) sobre cómo en el trabajo sufren discriminación por ser mujeres (incluso las universitarias). No devengan el mismo salario desempeñando las mismas funciones con la misma o más eficiencia que los varones y contando, en algunas ocasiones, con mayores niveles de capacitación laboral y profesional que ellos –exclusión que se agudiza en las desempleadas y/o en las que devengan un salario u obtienen una ganancia ínfima en relación con las demandas de su subsistencia y la de quienes dependen de ellas. Dice una joven secretaria que fue despedida de su trabajo hace nueve meses y aún no ha conseguido otro:

Es muy triste estar sin trabajo [...] No podés comprar ropa, y te ven mal cuando llegás a algún lugar a buscar trabajo, como no vas bien vestida [...] En la venta hasta te ven con desconfianza cuando llegás a comprar algo. Creo que piensan que uno se va a robar alguna cosa de ahí. Sólo porque saben que uno no tiene trabajo.

Las desempleadas, por ejemplo, manifestaron cómo dentro del mismo hogar tienen que padecer la exclusión y discriminación por parte de quien “las mantiene” (pareja, padre y hasta madre, hermano mayor, etcétera). Es notable, dicen, el trato diferenciado en relación a cuando tenían trabajo y llevaban recursos económicos a la casa. Cuentan, entre otras cosas, también cómo sufren la discriminación cuando van a “pedir fiado” (al crédito) algunos comestibles y artículos de primera necesidad a la “venta” (tienda) o a los comisariatos de los centros de trabajo. Una afanadora (encargada de la limpieza) de un centro educativo, por ejemplo, al referirse al comisariato que tiene la empresa para las y los trabajadores, dijo lo siguiente:

Nos han recortado la cantidad de cosas de comida que nos vendían antes, porque algunas ya no alcanzaban el pago. Cuando les daban el papel [comprobante] todavía quedaban enjaranadas [endeudadas] con la institución. También nos recortaron los productos que traían. Ahora no hay de todo. Sólo el arroz, el frijol y el azúcar. Y los venden más caros que en el mercado a veces. Antes hasta ropa podía comprarse. Y [...] cuando uno llega le hacen mala cara si ya uno debe bastante. Le dan las cosas de mal modo. Son órdenes de arriba [de las autoridades], dicen. Viera qué feo que se siente.

Una de las más severas manifestaciones de exclusión hacia las mujeres, precisamente por serlo, está en considerar el trabajo reproductivo como exclusivo de la casa y, por tanto, no meritorio para ser reconocido como trabajo. Su valor no aparece calculado en la suma oficial de lo que se produce en Nicaragua. Y así se procede para reconocer únicamente como trabajo productivo al “de la calle” y con méritos para ser reconocido social y materialmente (pagos). Se olvida que tanto uno como otro se realizan en cualquier lugar. Ejemplo de ello son las mujeres que llevan a cabo trabajo voluntario en preescolares comunitarios. Están haciendo trabajo reproductivo, porque cuidan niñas y niños. Ponen su energía humana al servicio del sostenimiento y reposición de esos infantes (en solidaridad con las familias de los mismos). No sólo para que sigan viviendo, sino para que sus madres y padres puedan seguir trabajando. Con su trabajo productivo fuera de casa, están coadyuvando a la rea-

lización social y personal. Tan arraigada está esta forma excluyente de valorar el trabajo reproductivo, que a veces (no pocas) las mismas mujeres no lo valoran como debe ser. Una evidencia concreta es que, cuando se les aplicó la encuesta, varias respondieron que no trabajaban. Y luego se verificó que se dedicaban a los denominados trabajos domésticos o del hogar.

VISIÓN RESPECTO DE LAS CONSECUENCIAS DE SU SITUACIÓN ECONÓMICA

En las conversaciones de las informantes se destaca su condición de “ser para” más que de “ser con” las y los otros. Desde esa perspectiva, los señalamientos sobre las consecuencias de su situación económica las ubican, más que en relación con ellas mismas como afectadas, en relación con las y los demás (hijos, esposo, familiares y hasta iglesia y amigas/os y alumnas/os). Pero es lo económico el centro en torno del cual gira la conversación. Así, hablan de precariedad en la salud; falta de educación o mínima educación; mala alimentación; casos de desnutrición; imposibilidad de invertir en un pequeño negocio.

EL NÚMERO DE HIJOS Y/O HIJAS

El número de hijos y/o hijas que tienen (o debieran tener) lo señalan como consecuencia de su situación, y/o lo hacen la razón de su “culpa”, por no poder cuidarlos como “debiera ser”. Porque, dentro de sus obligaciones asumidas como las más importantes o fundamentales, aceptan que “hay que ayudar a los hijos”, que “no hay que descuidarlos”, pero que a pesar de ello lo hacen por salir a trabajar fuera de casa. También se ubican en el deber de ayudar al marido y/o pareja, y hasta a otros parientes, cuando estos están desempleados o ganan muy poco. Y así van deslizándose, en la conversación sobre sus cotidianas situaciones, argumentos por el estilo. Veamos:

La mujer actual ahorita no se llena de hijos. Lo más que tiene son dos. Por la situación económica que hay y que estamos pasando (Dalila).

También la mujer, por la situación económica, tiene que salir a trabajar [...] Deja solo al marido en casa [...] lo descuida. Deja de atenderlo y atender a los hijos, la casa, el hogar (Yesenia).

Y otra cosa [...] al menos a mí me sucede, porque ya soy abuela, y veo la situación de mi hijo que es tan poco lo que gana. Que nosotros como padres tenemos que ayudarlos también a ellos. Es una situación bien difícil (Olga).

CONDICIÓN PERSONAL DE SALUD

No faltaron las que se preocupan por su condición personal de salud, y ubican una serie de males como dolencias somatizadas por causa de la tensión emocional en que viven. Especialmente, las que así opinan son las que tienen o están desarrollando la cultura de curarse con medicina alternativa (natural). Y también las que, desde los grupos gremiales o religiosos en que se congregan, reflexionan sobre estos temas. Por ejemplo, una de ellas, bautista organizada, que visita un pequeño centro médico dedicado a la acupuntura, los masajes, la meditación y una serie de recursos curativos que no son los tradicionales, afirma:

Creo también que otra cosa en que la situación está afectando, a la mujer especialmente, es que nosotras las mujeres estamos viviendo una vida bien tensionada. Y, debido a esa tensión, están saliendo las enfermedades. Están resultando enfermedades como diabetes, como cáncer, crisis nerviosa. Por lo general es la mujer la que sufre eso, porque es la que se toma como más en serio la situación. Porque el hombre es más *yo que pierdiste* [despreocupado, fresco]. Nosotras las mujeres como que tomamos más en serio las cosas, sobre todo lo económico. Y lo tomamos tanto, que se viene dando esa tensión en nosotras, hasta que en un momento el cuerpo ya no aguanta y se enferma.

PREJUICIOS Y ESTEREOTIPOS DEL SISTEMA (TRATO EXCLUYENTE)

Abundaron también las consideraciones respecto a cómo son humilladas por la carencia de preparación profesional y/o por ser mujeres pobres. Por cierto, no es difícil establecer la relación entre una (carencia de preparación) y otra situación (ser pobres). La pobreza puede incidir en no alcanzar la oportunidad de profesionalizarse, y la no profesionalización agudiza la situación de pobreza.

No pude seguir estudiando y me quedé sólo con el sexto grado de primaria. Pero ahora hasta para despachar en una tienda te están pidiendo que seas bachiller y hasta título universitario (Juanita, desempleada y joven separada del esposo y con dos hijos).

Es este uno de los problemas más sentidos en cuanto a las desiguales oportunidades entre hombres y mujeres. Aún es real decir que en la mente de los que administran los recursos de empleo, estudio, asistencia técnica y oportunidades de mayores ingresos persisten los prejuicios de que las mujeres “son mantenidas”. Que “la mujer es de la casa y el hombre es de la calle” (Juárez et al., 2005: 9).

Los prejuicios fomentados por el sistema, dados los estereotipos de la economía de mercado en cuanto a lo que “debe ser” una trabajadora (en relación con la edad, rasgos físicos, apariencia, etc.), también son puestos en el tapete de la conversación. Dos expresiones se expondrán a continuación. Una, la de Arlen, que tiene un poco más de veinte años y está desempleada desde hace tres meses, porque fue despedida de una maquiladora de ropa debido a que está embarazada. La otra es la de Dalila; mayor que Arlen, pasa de los cuarenta años y trabaja como costurera en su casa. Ambas muy motivadas, opinan:

En muchos lugares de trabajo no toman en cuenta a la mujer por su capacidad y por su inteligencia, sino que si es joven y es bonita entra, si no, no. Hasta tiene que esconder la panza cuando está panzona [embarazada] (Arlen).

En muchas empresas se humilla a la mujer. Se dejan llevar por la apariencia y no por lo que la mujer vale en sí. Me contaba alguien que fue a buscar trabajo a la Zona Franca. Ella es un poquito hermosita, así como nosotras [ríen todas ante la alusión a la gordura de las mayores]. Dice que la quedaron viendo y le dijeron que no le podían dar trabajo porque ¡era gorda! y las gordas son haraganas [...] Creo que esa es una humillación para una mujer. Que la traten así sólo porque es gordita [...] Si hubiera más oportunidades para que la mujer se preparara, creo que no *estuviéramos* sometidas y expuestas a estas humillaciones. Porque la mujer preparada montaría su empresa, trabajaría diferentemente, en mejores lugares, y no iba a ser rechazada de esa manera (Dalila).

MIGRACIÓN HACIA OTROS PAÍSES

La migración hacia otros países se destaca como consecuencia de su empobrecimiento y es un fenómeno que sienten que las afecta mucho más a ellas que a los varones –como en efecto se ha escuchado, sobre todo en estos momentos (fines de julio e inicios de agosto de 2006), en que los medios de comunicación han dado mucha cobertura al tema de la aprobación de la nueva Ley de Migración y Extranjería en Costa Rica. Esta ley fundamentalmente está siendo cuestionada, pues en uno de sus articulados contempla el castigo para el nacional o extranjero que dé trabajo o albergue a un extranjero indocumentado. Y la mayoría de los nicaragüenses que emigran hacia Costa Rica están viviendo allá indocumentados.

Para tener una idea un poco más amplia de lo que significa el hecho, se traen aquí las reacciones de los empresarios costarricenses,

para quienes la nueva ley de migración significará un problema serio en el futuro, pues temen la fuga de mano de obra de mujeres y hombres nicaragüenses, que podrían sentirse acosados y perseguidos, y consiguiientemente decidir marcharse a El Salvador (adonde ya están emigrando en mayores cantidades que antes). Por su parte, el reconocido economista nicaragüense Néstor Avendaño, desde varias apariciones en los medios de comunicación, ha reflejado entre otras muchas cosas las implicancias que para Nicaragua tiene el endurecimiento de las medidas que conlleva la nueva ley. Asegura que la estabilidad económica de miles de familias nicaragüenses está en riesgo, pues, según sus estimaciones, Nicaragua recibe en remesas unos 300 millones de dólares norteamericanos al año que se envían del vecino país. Además, expresa la situación de inseguridad que se provocaría, debido a que la vía de escape del conflicto social que tienen más del 40% de las familias nicaragüenses son esas remesas. Y como para evidenciar aún más la magnitud de la problemática, explica que para este año (2006) Nicaragua cuenta con 600 millones de dólares de cooperación y 250 millones en inversión extranjera directa, que suman 850 millones, mientras que las remesas, en términos brutos, fácilmente llenan la cantidad de unos 1.100 ó 1.200 millones de dólares anuales –lo que representa el 20% del PIB del país.

En la revista *Envío* N° 275 de febrero de 2005, José Luis Rocha, del equipo de investigadores de ese medio, ya expresaba que según una estimación de la CEPAL –que algunos suponen modesta– 320 millones de dólares en remesas procedentes de Costa Rica y EE.UU. representaron ya en el año 2000 el 13,4% del PIB y el 34% del valor de las exportaciones. Eso, por supuesto, se ha incrementado, tal como lo demuestra Néstor Avendaño, a quien citáramos anteriormente.

Los países de destino de quienes emigran son especialmente Costa Rica, EE.UU., España y Guatemala. Pero, en cuanto a las mujeres de este estudio, ¿qué pasa en relación con el fenómeno? (por cierto, muy típico de estos tiempos de “globalización” a nivel mundial). Pues, ocurre que sus expresiones son conmovedoras. Y más lo son cuando se piensa en la actitud del gobierno. En este caso, como en el de las legalidades ya mencionadas en el Capítulo III, ellas, igual que los varones, son ignoradas o conceptuadas pragmáticamente. Por ello, para reflejar con sentimiento lo que sucede, se recurre a José Luis Rocha de *Envío* y se recuerda:

Se van por falta de esperanzas y de expectativas. Y en el tránsito, en la ilegalidad, en la residencia y en el retorno son olvidados [y olvidadas] por el gobierno. Apenas existen. No están en los mensajes presidenciales. Ni en los diálogos nacionales. Y sólo de vez en cuando aparecen en las políticas públicas. Cuentan por las remesas que envían a Nicaragua, que explican

mejor que ninguna otra cifra lo que hoy sostiene a nuestro país (Rocha, 2005: 19).

Emigrar es la salida que comúnmente buscan las mujeres nicaragüenses cuando las alternativas se les han agotado en el país. Unas, con miras a mejorar realmente las condiciones de vida; otras, sólo para sobrevivir. Pero, para catalogar la magnitud del hecho, no hay que poner atención sólo en las que se van. También están las que se quedan.

En esta investigación, resultó que quien tocó por primera vez el tema en un grupo de discusión fue Yadira, una abuela; una mujer que se quedó a cargo de los cuatro hijos de la hija, para que “ella pudiera estar allá tranquila y los chavalos aquí no perecieran (pasaran necesidades)”. Y, aunque dice que hizo todo lo posible, no pudo controlar la situación. Conforme las y los muchachos (dos varones y dos niñas) iban creciendo ella sentía que se le “escapaba la autoridad”. Y lo que más le duele es que una de sus nietas, muy jovencita (de catorce años), se le “fue con un hombre más viejo que ella, y está embarazada”.

Se estima que de los 300 mil nicaragüenses que hay fuera del país (mujeres y hombres), 6 de cada 10 tienen hijos e hijas, que dejan a cargo de otras personas. Según una investigación que llevó a cabo Adilia Eva Solís, una inmigrante nicaragüense en Costa Rica, los costos de la emigración para las mujeres residen precisamente en que estas se apoyan en otras mujeres, para dejar a sus hijos/as a cargo de familias sustitutas. Por eso, es común que los niños/as se críen con sus abuelas, tías, hermanas mayores.

Adilia Eva encontró que la emigración, como la están viviendo las madres y sus hijas, más bien profundiza los roles tradicionales de las mujeres, como madres y cuidadoras de todo el mundo (*La Boletina*, 2006b: 37).

La emigración de mujeres hacia Costa Rica (o cualquier otro lugar de los señalados anteriormente) tiene su razón fundamental en lo económico. Se convierten, las emigrantes, en doble sostén de la familia: emocional y económico. En la mayoría de los casos, su trabajo en el país de destino es cuidar otra casa y otra familia, pero también cuidan de la suya a través de la distancia. Las jóvenes mayores (que se quedan) terminan asumiendo un papel de madre sustituta de ellas mismas y de sus hermanas o hermanos. También las familias sustitutas les asignan trabajos domésticos en las casas como una especie de exigencia o aporte por vivir ahí. Se agrava la situación de esa joven que se queda, cuando el padre no asume sus responsabilidades como tal y se desentiende de las y los hijos, yéndose de la casa (con otra pareja) o quedándose en la misma, pero usufructuando, sin trabajar, cómodamente la remesa que viene de la compañera que la manda.

Abuelas angustiadas por la frustración de no haber cumplido a cabalidad con el compromiso que asumieron con la hija que se fue; hombres que se identificaron como víctimas, para justificar su deficiente paternidad; carencias afectivas de quienes se quedan y de quienes se van; desilusiones; violencia de muchos tipos; y penalidades de todas las formas que puedan imaginarse; todo ello es parte de las consecuencias que el fenómeno de la migración conlleva para las mujeres. Se traen acá dos expresiones, que fueron escogidas porque pueden, quizá, integrar muchas de las que dijeron las mujeres:

Eso de vivir fuera de la tierra es feo, muy feo. Se sufre mucho. Yo lo viví. Estuve tres años en Costa Rica, pero tuve que regresarme cuando murió mi mamá, que se había quedado a cargo de los chavalos. Cuando ella murió, él [el marido] ya se había ido de la casa. Se fue con otra mujer. Pero estuvo mejor, porque dice que del dinero que yo mandaba él agarraba para beber guaro. Mi madre me hablaba por teléfono, para contarme todo lo que pasaba y yo allá sufría, sufría mucho [...] Por eso entiendo a doña Yadira cuando dice cómo sufrió con los chavalos; más que ella ya es una señora de edad.

Los hijos a veces salen buenos, a veces no. A mí me tocó sufrir mucho con mi hijo cuando me fui para Costa Rica y se lo dejé a mi mamá. Yo creía que estaba estudiando, pero lo que hacía con los riales que yo le mandaba era gastarlos con los amigos. Con vicios y a saber qué [...] Pero uno se va para buscar una mejora. No lo hace por mal. Los hombres no lo entienden. Y a veces los hijos tampoco lo entienden [...] Esto sólo lo comprende la que lo ha vivido. Hay que vivirlo para saberlo.

CONCIENCIA DE SUS NECESIDADES COMO MUJERES

Es cierto que la inclusión de las necesidades de las mujeres es fundamental, pero eso no significa que el enfoque se haga sólo en torno a necesidades básicas. No se debe correr el riesgo de confundir las necesidades de las mujeres con las necesidades de la familia (Bradshaw, 2001: 12). Sin embargo, con las entrevistadas, frecuentemente esta confusión está presente.

Muchas de las necesidades que ellas señalan como básicas “de ellas”, en realidad son necesidades del grupo familiar. Tal es el caso de la salud, la vivienda, la educación, la alimentación, la provisión de agua y demás servicios indispensables para la calidad de vida. Ellas las identifican como “sus” necesidades prácticas de género. Pero esto se debe a que precisamente son ellas las que asumen, desde su rol reproductivo, la atención de las mismas. Por eso, enfocar la atención en estas

necesidades básicas de ningún modo significa hacer un enfoque real de lo que las mujeres son y necesitan. Y si ellas, la mayoría de las veces, así piensan y sienten su condición de género, ya queda bajo la responsabilidad de quienes se preocupen por cambiar realmente su situación el implementar programas y proyectos que partan de esas realidades, para transformar sus modelos mentales y coadyuvar a que reconstruyan otros que realmente estén dirigidos hacia su condición de género. Tal es la situación de algunas cuyos casos se mencionan más adelante, al enfocar el tema del empoderamiento y la conquista de la autoestima. Se trata de mujeres que, desde la participación activa en proyectos de investigación, se capacitaron y adquirieron conciencia para sí. Y ahí están creciendo empoderadas, beneficiándose individualmente y en grupo como mujeres desde ese conquistado poder.

Si esas necesidades prácticas, que en realidad benefician a la familia en general (enfoque en la familia), se ven como necesidades de las mujeres como género (enfoque en las mujeres), puede resultar lo que a continuación se descubrió: las mujeres, en una considerable mayoría, se enfocan a sí mismas como proveedoras más eficientes “para” las y los demás, pero siguen sin poner atención en sus necesidades como género. Ilustración de ello son las siguientes palabras:

Yo creo que la situación es bastante agobiante, principalmente para la mujer. Porque la mujer en general es la administradora del hogar. Y si el hogar está mal administrado, todo anda mal.

Tal es su sentido de ser responsables con las y los otros, que hasta se acepta que el disimulo es el recurso para mantener el “orden” y la “tranquilidad” que les corresponde garantizar en el hogar. O la negación de sí mismas en sus demandas como seres afectivos y necesitados de amor. Como ejemplo, se recurre a la opinión de dos mujeres que pasan los 45 años. Una es una madre separada de su pareja y la otra es la esposa de un pastor evangélico. La situación económica de ambas no es tan agobiante, en comparación con otras que las acompañaban en el grupo focal del que formaron parte.

Yo creo hermana [dice la esposa del pastor] que nosotras las mujeres hacemos como que todo va bien, pero la necesidad, como decimos, nos lleva a hacer eso. Una responsabilidad es, por ejemplo, no llenarse de hijos [...] y está también la responsabilidad de cuidar al marido [...] Muchas veces ellos se buscan otra mujer porque los descuidamos por salir a trabajar o por estar en nuestras cosas.

Yo soy madre soltera, no me gusta estar sola. Quisiera tener un esposo, alguien que me ayudara [...] y me quisiera. Pero,

por mi hijito, antes que ser mujer soy madre. Yo no soy tan importante como el niño.

A propósito del tema sobre hijas e hijos, no faltaron las que, diciendo estar felices por ser madres, reiteraron expresiones como “el sacrificio de ser madre”. La maternidad no está exenta de ser una construcción social. Algo aparentemente natural es en realidad un sentimiento aprendido. Y por eso es una condición social y personal tan contradictoria: se desea, y a la vez se sufre por “padecerla”. Es que ser madre es un “mandato social”. La “carga biológica de la maternidad pesa mucho. La gravidez lastra todo el cuerpo femenino [Pero] La carga cultural es aún mayor” (López Vigil, 2005: 45).

Aunque no alarmantemente mayoritarias, tampoco fueron ínfimas las ocasiones en las que, al hablar sobre la carestía de la vida, los bajos salarios, la falta de apoyo para poner negocios particulares, etc. y, en consecuencia, la necesidad de trabajar mucho fuera de casa, se asoció el tema con opiniones como la siguiente:

Tengo que trabajar mucho para que mis hijas estudien. Para que sean algo mejor que yo en la vida. Pero también estoy pendiente de ellas. Por eso trabajo con una venta en mi casa. Es que no puedo ser como esas madres que por no cuidar a sus hijas y no preocuparse por ellas se las terminan violando. Ni siquiera se dan cuenta de lo que está pasando y cuando vienen a ver es porque ya la hija está panzona [embarazada].

LA PERSPECTIVA DE GÉNERO: BÚSQUEDA DE LA EQUIDAD PARA EL BIENESTAR DE HOMBRES Y MUJERES

Ya se estableció que, para hablar de perspectiva de género, es necesario hacerlo desde un enfoque crítico del género como construcción social, de tal manera que no resulte un planteamiento subjetivo que, sin contextualizar los hechos, vea o perciba y exprese sólo bondades al proceso de instaurar la visión de género en la teoría y práctica del quehacer de las mujeres. Dicho de otra manera, la expresión *enfoque crítico* quiere decir, simple y llanamente, una toma de posición que permita descubrir, en los discursos institucionales (hablados y escritos) y de la tradición social, la correlación entre teoría y práctica. Tener capacidad de conocer y juzgar no sólo lo que se dice y hace, sino lo que dicen y hacen ellas (las mismas mujeres), para la conquista de la equidad en sus relaciones sociales, especialmente con los hombres.

Por ejemplo, en las instituciones de Nicaragua, han sido desarrolladas diversas iniciativas para la incorporación de la perspectiva de género, tanto en el sector económico como en el social. Así, se encuentra que la Política Nacional de Población y su Plan de Acción, formulados en 1997, nacen a partir de los compromisos adoptados por el gobierno

en las conferencias de El Cairo (1994) y Beijing (1995), de modo que allí se agrupan los subprogramas de Educación en Población y de la Sexualidad, Salud Sexual y Reproductiva, y Distribución Espacial de la Población. Pero, cuando se hace un análisis crítico del Plan de Acción, se descubre el alto grado de influencia ideológica de carácter conservador que tiene. Ello se demuestra en sus objetivos paradójicos y contradictorios, cuando se plantea: “encauzar el comportamiento sexual y reproductivo al seno de la familia, contribuir a aumentar la edad de inicio de las relaciones sexuales y de las uniones maritales y dar a conocer métodos de planificación familiar desde el punto de vista científico, religioso y social” (Plan de Acción de la Política Nacional de Población 2001-2005 en Ocón Núñez, 2005).

Otro ejemplo sería lo que sucede cuando se trata de la Política Nacional para la Prevención de la Violencia Intrafamiliar y su Plan de Acción, en el marco de los cuales, desde 1998 y ratificado en 2001, aparece el Plan Nacional contra la Violencia hacia las Mujeres, Niños y Adolescentes. Elaborado por el Estado y la denominada sociedad civil, este plan marca las pautas y compromisos que han de asumir ambos firmantes para enfrentar adecuadamente el fenómeno y cumplir los compromisos que sobre el tema ha tomado el Estado nicaragüense. No obstante, estos acuerdos institucionales, como otros, han adolecido de falta de voluntad política y de instrumentos para la institucionalización de la perspectiva de género en la cultura organizacional, y de asignación de recursos financieros para su concreción y sostenibilidad.

Como los ejemplos mencionados, hay muchos otros acuerdos, instancias y medidas que deberían ser conocidos y criticados por las mujeres, para ir construyendo su empoderamiento de manera consciente. A propósito de lo dicho, entre las entrevistadas, muy pocas dieron indicios de este conocimiento. Cuando alguien hizo alguna alusión al respecto (especialmente en los grupos focales) se despertó interés, pero la participación fue escasa. Las que están organizadas fueron las que se destacaron aludiendo a ciertos organismos que coadyuvaron y/o coadyuvan a su desarrollo material y espiritual. Pero se circunscribieron a mencionar a la ONG o instancia regional, municipal o comunal que trabajó con ellas. A lo más que se llegó fue a mencionar a la Comisaría de la Mujer, desde mujeres del área urbana de Managua, el municipio de Somoto y algunos departamentos. La excepción la tiene el CENIDH, que es muy conocido por todas las mujeres.

Es este un elemento que demanda la implementación de capacitaciones en función de coadyuvar al empoderamiento de las mujeres. No con el objetivo de que estas se aprendan de memoria toda la historia de los acuerdos y contratos internacionales que se han ratificado, supuesta o realmente, para su beneficio, sino para que, con base en su conoci-

miento general, los analicen con actitud crítica. Asimismo, para que sepan que cuentan con respaldos legales y formales en los momentos en que necesiten reivindicarse y conquistar derechos conculcados. Viene al caso citar a Damaris, una de las protagonistas de esta investigación:

Creo que sería bueno que también nosotras como mujeres echáramos mano de todas esas herramientas que el sistema legislativo nos ha dado, para que podamos hacer valer nuestros derechos [...] A mí me gusta el eslogan del CENIDH que dice: “derecho que no se defiende, es derecho que se pierde”.

EL EMPODERAMIENTO DE GÉNERO Y SU IMPORTANCIA

Empoderamiento en español equivale al verbo en inglés *empower* (cuyo sustantivo es *empowerment*) que se traduce por *empoderar*. Se refiere a “dar poder” y “conceder a alguien el ejercicio del poder”. Media, entonces, el dar. Y si no se da, se podría decir que media el conquistar. Como también media la concertación entre ambos vía diálogo y persuasión.

En algunas teorías feministas, el poder se aborda clasificándolo según los niveles de alcance que manifieste cuando se lo ejerce. Así, el “poder sobre” es el que permite la posibilidad de poner resistencia o manipularlo a su favor, disminuyendo el sentido victimizante. El “poder para” es el que sirve para incluir cambios a través de una persona o grupo líder, que estimulan la actividad en otros y otras e incrementan su ánimo. Es un poder generativo o productivo, pero no exento de resistencia. El “poder con” se manifiesta cuando un grupo presenta solución compartida a sus problemas. Esta clase de poder demuestra que el todo puede ser superior a la suma de las partes. Y está también el “poder desde dentro” o “poder interior”, que es la habilidad para resistir el poder de otros u otras mediante el rechazo a las demandas indeseadas. Ofrece la base desde la cual construir para sí misma o sí mismo. Es un poder que surge desde el mismo ser y no es dado o regalado, sino conquistado.

Muchas son las acepciones y enfoques que se hacen sobre el poder y su ejercicio. Para los fines de este escrito, *empoderamiento* es *ejercicio del poder con sentido emancipador*. Porque permite aprovechar al máximo las oportunidades que se les presentan a las mujeres, a pesar de las limitaciones estructurales o impuestas. Es un mecanismo para desarrollar autoestima y convicción de las limitaciones y aptitudes en la conducción de un sistema social, un organismo, un grupo, etc. El empoderamiento de las mujeres, en la misma proporción y condiciones que los hombres, es un derecho inalienable importante, cuyo alcance se constituye en una alternativa ética, dado que coadyuva a la equidad entre géneros y, por ende, a la justa distribución de los alimentos materiales y espirituales. De ahí que

asumir que “la dimensión personal es política” inevitablemente conduce a una interpretación más amplia del poder, pues abarca la comprensión de las dinámicas de la opresión y de la opresión interiorizante.

Para nada se pretende aseverar, ni siquiera sugerir, que exista un modelo “feminista” de poder. Sin embargo, sin hacer separaciones absurdas y maniqueas entre un supuesto poder femenino y uno masculino, sí se sostendrá la concepción de “empoderamiento de las mujeres” en el sentido de una conquista necesaria. Una conquista por medio de la cual la mujer, desde su participación empoderada, alcanza la equidad negada (o logra algún nivel de esa equidad) con la acción organizada. Pero esa conquista no es fácil. Porque no sólo es necesario vencer obstáculos “objetivos” implantados por las estructuras culturales y del sistema. También hay que vencer los obstáculos internos (aquellos que son formados culturalmente), los que se ubican en la conciencia de las propias mujeres a niveles de mitos, concepciones y actitudes, para el ejercicio del poder y la consolidación de su autoestima.

Los abordajes aquí expuestos resultan de gran utilidad para demostrar esencialmente que en Nicaragua el poder lo ejercen de manera predominante los hombres: sobre otros hombres, sobre las mujeres y también sobre otros grupos sociales marginados. Pero que ese poder es susceptible de ser conquistado, desarrollado, cultivado. Es el poder, entonces, en relación con el grupo de mujeres investigadas, un instrumento de dominación que se percibe cotidianamente. Pero también en algunas (especialmente en las que están organizadas) se manifestó que puede ser instrumento para servir y ser útil (poder “para”). Y no sólo en las relaciones personales de ellas, sino también en las relaciones de sus comunidades y hasta en ámbitos que van más allá de lo comunitario.

Si todas nos ayudamos organizadamente, saldremos adelante.
Debemos demostrarle a las otras mujeres que juntas podemos
[...] Demostrarle a los hijos y a los maridos, y a nosotras mismas, que sí podemos. Por eso estoy trabajando, para que en donde trabajo [empresa] hagamos un grupo de mujeres.

Precisamente, desde la visión de las relaciones entre los sexos, en la percepción de las informantes, hubo denuncias sobre la injusta distribución y uso del poder entre hombres y mujeres. Asimismo, se resaltaron (desde diversos enfoques) las ventajas que tiene para la convivencia la conquista de una identidad empoderada (poder “con” e “interior”). Especialmente en este momento histórico, cuyo uso y abuso del poder “desde arriba” es tan real y grotesco que no escapó a la percepción de la mayoría del grupo.

Mientras estemos sólo ahí metidas en la casa, sólo cocinando, lavando la ropa, viendo a los chavalos [...] mientras no tome-

mos valor para exigir que nos respeten [...] no aprendamos cosas que nos hagan ser mejores [...] vamos a seguir igual [...] Y los hombres seguirán lo mismo.

Creo [expresa una secretaria de un centro educativo] que tenemos que organizarnos, visitar alguna de esas organizaciones de que habló ella [una integrante del grupo focal], formar nuestros grupos, ayudarnos, para que nos den nuestro lugar, nos respeten. Nos tenemos que dar a respetar, pero eso no viene así nomás. Hay que hacer algo.

Las mujeres manifestaron que no son la excepción en cuanto al padecimiento de los obstáculos para el empoderamiento. Pero también hubo comprensión de que, así como no están exentas de padecerlos, tampoco lo están de superarlos. Algunas cosas dicen en torno a esa conquista.

Estoy de acuerdo [con lo que dice alguien del grupo] que necesitamos aprender más cosas [dice Julia, una nada ostentosa ama de casa] y no sólo saber lo que ya sabemos. Leer para saber cómo hacer cosas que nos ayuden a no estar siempre esperando que el marido nos lo dé todo [...] Es muy triste no tener uno sus riales para comprar lo que necesita. No poder disponer de lo de uno. El hombre abusa por eso [...] Yo creo que tenemos que aprender a defendernos.

EL RETO DE VENCER ALGUNOS MITOS PARA EL EJERCICIO DEL PODER Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA AUTOESTIMA

Ningún ser humano deja de construir sus propios conceptos sobre lo que acontece a su alrededor, aunque algunas veces esos conceptos no se correspondan con razonamientos totalmente ajustados a la realidad. No hay alguien, por primitiva que haya sido o sea su vida, que no se dé explicaciones sobre lo que conforma su medio tanto natural como social. Todas y todos los miembros de la especie humana (en sus facultades cabales, por supuesto) sienten la necesidad de darse explicaciones sobre cuanto acontece a su alrededor (Aldana Saraccini, 2004: 21). De ahí que las concepciones son muy importantes en la vida de mujeres y hombres, que reflejan en su comportamiento la manera en que conciben la vida y sus fenómenos.

Es posible asegurar que los conceptos determinan formas de conducta y que, por eso, cuando son más producto de la costumbre que del aprendizaje basado en el conocimiento reflexivo, pueden determinar conductas que en vez de coadyuvar al buen término de proyectos, los obstaculizan. Por eso, cuando algunas mujeres tuvieron la oportunidad de organizarse, desde la orientación de algún programa de investigación

aplicado con ellas, no faltaron los obstáculos provenientes precisamente de sus concepciones sobre el mundo y la vida, que aún persistían a pesar de las transformaciones alcanzadas. Ejemplo de ello es lo que sucedió con el grupo de mujeres empresarias de Somoto (departamento de Madriz), que fueron favorecidas por el Programa de Investigación de ADESO, una ONG dedicada precisamente a promover el desarrollo de la zona de Las Segovias a través de la investigación (Aldana Saraccini, 2006b: 31).

Así, desde esta ONG cuentan que cuando se decidió brindarles el apoyo financiero, se hizo con la seguridad de que ello solucionaría o coadyuvaría a la solución de problemas reales que enfrentan las comunidades y sectores de la región, porque el proyecto partía de necesidades demandadas por las propias afectadas. Y también demandadas por un equipo visionario, desde el Instituto Mujer y Comunidad (IMC) de Estelí, que presentó una propuesta de investigación con base en el previo conocimiento del lugar y/o de las mujeres que resultarían beneficiadas con los resultados (Aldana Saraccini, 2006b: 29).

Pero, a pesar de las intenciones de quienes promovieron el proyecto, las participantes (pequeñas empresarias de Somoto) asociaron el proyecto únicamente con la obtención de recursos materiales (dinero) y no con la capacitación, que las habilitaría como empresarias, para tomar decisiones sin dependencia de alguien. Fue una limitante muy fuerte para el avance del grupo, tal como lo es para el avance de cualquier organización que procura el crecimiento del recurso humano desde las mujeres. Se trata de una confusión que se vuelve claramente notoria cuando Guadalupe, una de las pequeñas empresarias de Somoto, reflexionando sobre el hecho, cuenta:

La mayoría de las que estábamos aquí [en las capacitaciones] veníamos por dinero [...] Sólo pensábamos en que íbamos a agarrar el saco de riales, que ahí nos iban a dar el saco de riales. No pensamos que teníamos que luchar.

No faltaron las limitantes conceptuales sobre la condición de género y situación personal de las mujeres con respecto a su relación con la realidad y con los demás seres humanos. La superación de la autoestima deteriorada (baja autoestima) y los imaginarios inadecuados en las relaciones de género también estuvieron presentes en no pocos momentos. Y se superaron. Pero porque las mujeres que lo lograron tuvieron la ayuda que proporciona organizarse, para aprender y luchar. Al respecto, Alicia, una de las empresarias de Somoto, manifiesta de modo fehaciente:

No nos damos el lugar que merecemos cada una de las mujeres. No creemos que somos capaces de levantarnos. Porque es

cierto que aunque tengamos marido que nos ayude, aunque consiga riales, son a veces un poco más gastones que uno [...] Entonces las mujeres tenemos que aprender cómo levantarnos y no estar esperanzadas a que el marido nos dé. Y nosotras aprendimos, porque estamos organizadas.

Resulta evidente que el bajo nivel de autoestima y las dificultades para reconocer su propia realidad fueron un obstáculo no poco presente. Ellas, en número relativamente considerable, vivían y actuaban sin ser conscientes del rol social que su propio entorno y proceso de socialización las obligaba a desempeñar. Esas limitantes les dificultaban la posibilidad de manifestar de manera clara las aspiraciones e ideas que tenían de sí como personas y como colectivo.

Se traen aquí, para ilustrar, las expresiones de otra mujer; una empresaria de La Tunoza, una comunidad rural del departamento de Estelí, ubicado en la región de Las Segovias. Ella participó en un proyecto que la preparó para ser capaz de administrar su propia empresa de fabricación de papel de origen vegetal. Dice Erika:

Teníamos miedo que dijeran “¿Ve? No pueden hablar”. Por eso no participábamos. Antes nosotras no podíamos pensar siquiera que íbamos a llegar tan largo. Sentíamos que apenas éramos un pequeño grupo de mujeres ignorantes y con muchas limitaciones para enfrentarnos a la vida y la gente.

Damaris, una de las mujeres que trabaja en una ONG y, por consiguiente, posee una claridad conceptual sobre género bastante desarrollada, afirma:

Sólo la participación organizada, con otras mujeres, te permite encontrar la libertad como mujer. Porque el poder que se alcanza es un poder consciente, sabiendo una lo que necesita desaprender, para superarse. Sacudirse esos prejuicios que la cultura le ha obligado a repetir como si fueran correctos. Cuando se está segura de qué se quiere, ya una se gana el respeto de los hombres, tanto de los de casa como de los del trabajo. Aunque siempre hay que seguir trabajando, para alcanzar el verdadero empoderamiento.

DEL PROVIDENCIALISMO RESIGNADO A LA CONSTRUCCIÓN Y PRESERVACIÓN ORGANIZADA DE LA AUTOESTIMA

Cuando se habla de *autoestima*, se la identifica con el aprecio y consideración que las personas tienen por sí mismas; con la opinión y el sentimiento que “tengo por mí”, por lo que soy, por lo que pienso y siento, o por mis acciones. Es, por consiguiente, tener consideración y respeto

por sí misma y lo que se es, con bondades y limitaciones, así como también aprender que puedo cuidar de mí, quererme en mis fallas, buscar ayuda para levantarme y volver a celebrar la vida que hay en mí.

Poseer autoestima es muy importante para las relaciones de género. Porque la íntima seguridad conquistada, la conciencia de las propias limitaciones y capacidades, hacen posible considerar las acciones de las demás personas. Se establece, por decirlo de alguna manera, la conexión humana necesaria para la comprensión. Lo refleja una de las investigadas, cuando dice, en uno de los encuentros con la investigadora: “Sólo quien se aprecia y se quiere a sí mismo es capaz de querer a los demás”.

Parece sencillo alcanzar la autoestima, cuando se escribe o se repite en las charlas o cursos sobre género. Pero al desarrollo de la autoestima lo preceden y lo acompañan siempre una cantidad de experiencias personales. Por eso, ya en la realidad concreta, no es así de fácil alcanzar todos esos atributos que permiten a las mujeres sentir y demostrar que tienen autoestima. Los componentes de la cultura y de todas las circunstancias del sistema androcéntrico, machista y no pocas veces misógino están ahí, para encargarse de que el camino hacia la autoestima se haga escabroso y lleno de dificultades.

A ningún ser humano (en este caso a ninguna mujer) le gusta que no lo quieran y menos sentir que no se quiere a sí mismo. En los casos de mujeres sometidas a procesos de violencia intrafamiliar, por ejemplo, hay sufrimiento. Esa común opinión de que “se deja pegar porque le gusta” es un argumento a todas luces errado y/o malintencionado. Todas las mujeres maltratadas sufren y para nada son felices si también ellas recurren al maltrato, aunque algo superior a ellas les impida cortar con la situación. Ahí está precisamente la acción de lo aprehendido durante la vida. Ilustrativas son las siguientes expresiones, expuestas en los momentos en que un grupo de mujeres reflexionaba sobre los efectos de la situación económica en sus vidas:

Cuando llego cansada a la casa, acalorada e irritada por tanto trabajo, no quiero oír nada. Y hay momentos en que les contesto mal a los chavalos y a veces hasta les pego [...] o les grito que no quiero verlos, que se vayan. Después, cuando ya estoy tranquila, o a veces cuando estoy en el mercado, me dan pesar mis hijos.

La realidad social nicaragüense generalmente aún considera al hombre como el centro o la medida de todas las cosas. Esto implica que la organización de su existencia gira en función del hombre y de lo masculino. Lo que las mujeres sienten, piensan y aspiran no cuenta en las acciones de gobernantes y dirigentes –aunque, como ya se ha visto aquí, existan

procedimientos y aparatos legislativos con discurso de género. El androcentrismo se detecta, por ejemplo, en la realización de estudios o proyectos cuyo enfoque y dirección de acciones están encaminados sólo desde la perspectiva masculina, creyendo que también se representa la visión de las mujeres. El androcentrismo se expresa en el machismo. La mentalidad androcéntrica sobrevalora lo masculino. Y no sólo desde los varones, sino también desde las mismas mujeres. Especialmente cuando se descalifican entre ellas, como resultado de la competencia desleal propia del sistema. Se pone el ejemplo porque, precisamente, en ciertos momentos del discurso de algunas de las informantes ello se evidencia. Veamos:

Ella, mi jefa, a cada rato me hace sentir vieja, que ya no sirvo por la edad que tengo, para el trabajo. Me siento muy mal cuando delante de otros compañeros de trabajo me llama la atención por algo y me repite “como ya estás vieja [...] ya no limpiás bien” [...] Ahora todos me repiten que estoy vieja y me hacen que me sienta mal (afanadora de un centro educativo).

Por eso se da un lugar especial, entre las mujeres sujetas al estudio, a los casos que reflejan el esfuerzo de desarrollar y preservar su autoestima. Muy aleccionador es el hecho de que las que aparecen con más avances al respecto son las que están organizadas y han realizado proyectos planificados y ejecutados en función de su desarrollo personal como grupo. Es el caso concreto de las pequeñas empresarias, tanto del área urbana como rural, y de algunas de las que se congregan en la iglesia y pertenecen a grupos de reflexión (Managua, Somoto y La Tunoza). Asimismo, las que relacionadas con alguna ONG se dedican a la capacitación de otras mujeres y/o a la sensibilización de grupos mixtos en torno al tema de género.

De allí que se conciba, para efectos de este trabajo, a la autoestima como una actitud intelectual, emocional y volitiva, que las mujeres alcanzaron a costa de deconstruir, desde un aprendizaje permanente y sistemático, todos los modelos (o algunos de ellos, por lo menos) que sobre sí mismas poseían, y que les dificultaban quererse y respetarse y exigir que se las quisiera y respetara. Proceso que comprenden que, aunque ya iniciaron, sigue; no termina en algún momento; porque las influencias culturales y estructurales permanecen como amenaza. Reflexiona al respecto una de ellas:

Lo que he logrado con las capacitaciones que me dieron y que luego yo realizo es muy valioso. Siento que soy totalmente distinta de como era. Aunque tuve que estar separada de mi pareja para lograrlo, me alegra haberlo hecho. Ahora soy otra. Me

siento orgullosa de lo que soy y lo que hago. Y colaboro a que otras y otros aprendan [...] Pero no me conformo aún. Creo que debo seguir estudiando y trabajando sobre lo mismo, para no retroceder. Porque una ni cuenta se da cómo a veces, y me ha sucedido, vuelve a repetir los vicios que tenía. Así que esto es un proceso que no acaba nunca.

La construcción de la autoestima tiene mucha relación con lo que se ha dado en llamar el sesgo de género, cuya manifestación es de dos maneras: como sexismo o ideología de la inferioridad de uno de los sexos, históricamente el femenino; y como androcentrismo o punto de vista parcial masculino que hace del varón y su experiencia la medida de todas las cosas. Por eso, para acabar con el sesgo, es necesario desaprender muchas cosas aprendidas y aprehendidas durante la existencia. Se trata de un proceso relativamente largo y dificultoso, cuyo discurso no es a veces tan evidente como los referidos a la legitimación de la desigualdad de clase o de raza.

Muy a propósito de lo que se está tratando en este momento, viene bien citar a otra de las participantes. Es profesora en algunas universidades, muy relacionada con asuntos de género tanto en el trabajo como en su comunidad de fe. En un momento de la entrevista, en el que habla de la discriminación contra la que debe luchar en el ámbito laboral para conseguir trabajo por el hecho de ser mujer, dice:

Antes sólo sentía que me discriminaban por misquita [nativa de la Costa Caribe nicaragüense] [...] Luego, cuando empecé a estudiar, también fui tomando conciencia de que era discriminada y hasta excluida de algunos espacios por ser pobre. Pero ahora, cuando me relaciono incluso con mi misma gente y que aunque no soy rica al menos tengo para vivir. O ¡sobrevivir! [dice, riendo]. Ahora, te digo, siento, muy conscientemente, que la discriminación de género es mucho más fuerte [...] Incluso cuando estoy capacitando o sensibilizando a algunos grupos en la iglesia, los hombres no dejan de hacerme sentir, de recordarme que soy mujer [...] Lo de la clase social, lo del color de la piel es más fácil de percibir. Pero lo de género es muy difícil [...] Pero ahí voy. No me doy por vencida, porque hasta los mismos hombres salen favorecidos si cambian de manera de pensar.

En el caso de las mujeres investigadas, entonces, como ya se ha expresado, puede verificarse que no tienen dificultad para detectar su desigualdad económica y de estatus. Con relativa facilidad hacen a esos factores de empobrecimiento objeto de su crítica y análisis. Pero no sucede lo

mismo respecto a la desigualdad entre los sexos. Fueron relativamente pocos los casos en que no pasaron desapercibidos. Y por ello continúan activos. Salvo cuando se trató de la agresión física y verbal directa. No obstante, aún se dejaron pasar ciertas cosas como si no fueran relevantes. Ejemplos son las mujeres que se sienten culpables por “no cuidar” al esposo o compañero que fue infiel “porque se quedó solo en casa con la empleada” o “se fue con la que sí lo atendía” mientras la mujer se ausentó por trabajar todo el día fuera del hogar.

También se manifestaron casos en los que el sentimiento de culpa fue expuesto porque no cuentan con suficiente dinero para satisfacer los requerimientos de los hijos o hijas. Y, desde ese sentimiento, justifican las faltas de respeto, la violencia de la que son objeto por parte de algunas de ellas y/o ellos. Y hasta las agresiones (un caso). Por ejemplo, una docente universitaria narró cómo el hijo la arremete verbalmente, no la obedece y hasta ha intentado agredirla físicamente. Pero lo justifica diciendo:

No *fuera* así si yo lo hubiera cuidado [...] Pero lo descuidé mucho por irme a trabajar todo el día y a estudiar por las noches todas las semanas. Apenas lo veía los domingos. Me siento culpable. No sé que hacer.

La mujer “para” y casi nunca “con” las y los demás (llámese prójimo, compañero, hijos e hijas, alumnos y alumnas, madres y padres ancianos sin trabajo, etc.) fue una constante en la mayoría. Mejor dicho, en todas. Pues, aunque hubo quienes manifestaron el proceso de deconstrucción de algunos prejuicios, cuando hablaban de sus obligaciones y deberes aun mencionando algunos para sí mismas, jamás dejaron de priorizar a las y los demás. Lo corrobora la reflexión, hecha por Inés, cuando otra de sus compañeras hacía precisamente una interpretación del papel de la mujer como “señora de la casa [...] responsable del hogar”. Ella, desde su fe particular, reconoce las capacidades de que “han sido dotadas” las mujeres. Sin embargo, su discurso no niega el papel de “mujer para” que debe desempeñar, porque “así ha sido”. Veamos:

Creo que Dios nos ha dotado de muchos elementos [...] Es cierto, no nos dio fuerza, pero nos lo compensó en inteligencia y en capacidad. Entonces, si existimos, tenemos que poner esa capacidad, esa inteligencia, al servicio de nuestro prójimo.

No es algo raro que, en la práctica, aunque se trate de mujeres de mentalidad moderna, sean y estén siempre en función de otros u otras, antes que en función de sí mismas. Es quizá uno de los elementos culturales más difíciles de erradicar. Ilustra esto un comentario que aparece a propósito de los derechos humanos de las mujeres, en el *Informe sobre derechos humanos en Nicaragua 2004-2005* (CENIDH, 2006: 184). Sos-

tiene el informe que, al igual que en años anteriores, las *mujeres son las principales denunciantes* de violaciones a los derechos humanos ante el CENIDH. Ellas se destacan en la defensa de los derechos de familiares, vecinos o colectivos de trabajadores. Sin embargo, denuncian en menor número cuando de sus propios derechos se trata. Por ejemplo, en 2004, de los 1.508 casos atendidos por el CENIDH, 989 denuncias fueron interpuestas por mujeres, pero las víctimas son en su mayoría hombres (971) o grupos mixtos de hombres y mujeres. Igualmente, en el primer semestre del año 2005, del total de denunciantes ante el CENIDH, 590 son mujeres y 457 hombres. De esas, 446 fueron en defensa de los derechos de hombres, frente a 376 en las cuales las víctimas eran mujeres.

Muy ligado también a la dificultad del desarrollo y ejercicio de la autoestima está lo que Andrés Pérez-Baltodano (2003: 758) llama el *providencialismo y pragmatismo resignado*. El historiador e investigador de la vida nicaragüense dice que en este país prevalece esa forma de pensar la realidad que empuja a los miembros de una comunidad a asumir que lo políticamente deseable debe subordinarse siempre a lo circunstancialmente posible.

Las expresiones políticas del pragmatismo resignado tienen toda una sustentación histórico-ideológica. Y varían en función del poder de los grupos que conforman la sociedad nacional. Concretamente, su manifestación se refleja en la indiferencia de los grupos dominantes ante el fenómeno de la pobreza y la marginalidad social de las mayorías. Y, en los grupos marginados, se manifiesta a través de las actitudes fatalistas adoptadas en relación con su propia miseria. Ambos (elites y mayorías; enriquecidos y empobrecidos) expresan de esta manera un sentido de irresponsabilidad ante la historia. Porque asumen que el poder y la pobreza son condiciones sociales determinadas por fuerzas que las y los nicaragüenses no son capaces de controlar. Y así se vuelve esto una referencia para la acción humana, que está manejada por fuerzas ajenas al pensamiento y la acción social organizada.

Así, desde una perspectiva pragmática resignada, la política se concibe como la capacidad para ajustar a la realidad del poder constituido y, de manera especial, al poder de las fuerzas internacionales que condicionan la realidad nacional (Pérez-Baltodano, 2003: 758-759).

En estrecha relación con este tipo de pragmatismo está, desde la óptica del mismo Pérez-Baltodano, el *providencialismo*, definido como una estructura de valores religiosos que ha contribuido al retraso del pensamiento político nicaragüense, y sobre todo a la reproducción de las visiones premoderna y pragmática resignada que han dominado el desarrollo político-institucional de Nicaragua.

El providencialismo se refiere fundamentalmente a concebir la historia como “un proceso gobernado por Dios, hasta en sus más últimos detalles”. A excepción de la segunda mitad de la década del setenta y los primeros años de la del ochenta, el discurso de la iglesia católica nicaragüense se ha caracterizado por ser providencialista. Tanto, que ha contribuido a legitimar y reproducir el pragmatismo resignado dominante en la cultura política de la nación –visiones providencialistas y pragmático-resignada reforzadas por el poder de EE.UU. respecto al desarrollo nacional (Pérez-Baltodano, 2003: 762).

De ahí que las y los nicaragüenses, para el citado historiador, “han trasladado su dependencia mental con relación a un Dios omnipotente y providencial, a su percepción de las fuerzas que dominan el orden político y económico mundial, y en especial, al poder transnacional de los Estados Unidos” (Pérez-Baltodano, 2003: 762).

Una cantidad de actitudes patriarcales y machistas están muy ligadas a esa aceptación providencial resignada de la que habla Pérez-Baltodano. Se aceptan como “normales”, porque la cultura de siglos así lo ha fomentado. Y por eso cuesta mucho concebir de otra manera el poder –el empoderamiento, para no necesitar del patriarca ni del caudillo para ser mujeres para sí; ciudadanas con derechos. Y por esa dificultad de aprender a empoderarse, se aceptan (aunque duelan) la discriminación y la persecución sexista y laboral; los acosos y las actitudes excluyentes contra las mujeres desde los hombres maridos, compañeros de trabajo, jefes. Mucho se habló con las mujeres entrevistadas sobre esa falta de oportunidades aun teniendo las capacidades y requerimientos exigidos para determinada tarea o trabajo. Son las fuerzas sobrenaturales o la providencia tan absolutamente poderosas, que anulan, en no pocas situaciones, la capacidad de demanda de derechos y hasta de gestión.

Las mujeres somos inteligentes, por eso siempre que hay un hombre famoso por algo, ahí está la mujer como poder atrás del trono, como se dice. Eso es bueno.

Se hacen estas consideraciones en función de penetrar con más profundidad en el análisis e interpretación del discurso de las mujeres cuyas representaciones aquí están siendo reflejadas. Ellas, no todas católicas –como se ha especificado en otro momento–, en su conjunto pertenecen a la religión cristiana, militando algunas en diversas denominaciones protestantes.

La mayoría de las no cooperadas u organizadas (unas con su lenguaje expreso, otras con sus silencios) manifestaron dejar, en última instancia, en el poder de la providencia la solución a sus males. Sin embargo, también hubo quienes, precisamente desde la práctica de su

fe, están organizadas y trabajan para cambiar por medio de sus propios esfuerzos la situación.

Parafraseado a Pérez-Baltodano, es posible afirmar que algunas siguen conceptuando el mundo y la vida y conceptuándose a sí mismas con este pensamiento “esencialmente premoderno”, en el sentido de que no son capaces de erigirse como “arquitectas de su propio destino”. Otras, en particular las organizadas activas que se congregan en torno a su evangelio (y trabajan denodadamente por el desarrollo de la mujer y/u otros grupos sociales necesitados) y las cooperadas (que ya fueron sujetas de capacitación y de prácticas productivas que van más allá de las hogareñas y domésticas), han superado esa “actitud instintiva” (de la que habla el autor, por supuesto, y por eso se escribe entrecomillada), para la defensa de “un orden” fundamentado en intereses tradicionales particulares.

Ya se han expuesto ciertas percepciones de la situación económica que trascienden lo individual y demandan el esfuerzo personal y de grupo. Se traen aquí, a manera de ilustración, tres opiniones distintas, de tres mujeres de fe (una católica y dos evangélicas), para que se noten las diferencias y similitudes, según lo detallado con anterioridad.

Gracias le damos al Señor de que nosotras las mujeres, que somos hijas de Dios, estamos con la misericordia de Dios. Que el Señor nos bendice y nos ayuda. Y que todo se hará según su voluntad. Él lo puede todo y Él lo hace todo.

Yo decía, que es mi opinión. Lo veo lógicamente. A mí Dios me dio como mujer mi responsabilidad, de ser madre, ser esposa. Pero Dios dice “ayúdate que yo te ayudaré”.

La falta de conocimiento sobre la propia condición de clase y de su relación con el medio también lleva a muchas mujeres a necesitar de un proceso relativamente largo de aprendizaje para aceptar la importancia de empoderarse como género. Es que el proceso de empobrecimiento en Nicaragua no tiene como condición sólo la carencia de lo material. También está determinado en su encuentro y consolidación por la pobreza que se refleja en concepciones y actitudes. Bien lo dice Carlota Solé, cuando prologa la obra *La legitimación social de la pobreza* de Antonio Morel.

Si bien cada sociedad adopta sus propios argumentos explicativos y/o justificativos de la realidad, con el fin de adaptarlos a su momento de desarrollo histórico, no puede olvidarse que existe un *continuum* en el desarrollo de lo social –y por tanto, también a nivel de las ideas e ideologías– que se va gestando a través de las sucesivas fases de desarrollo histórico [...] La vi-

sión de la pobreza dominante en cada sociedad es el resultado de un conjunto de valores, normas e ideas dominantes, que se adaptan a los requerimientos del sistema económico (Solé en Morel, 2002: X).

El Estado no se preocupa por educar, y la pobreza exige al ser humano la sobrevivencia. Es, podría decirse, un signo de los tiempos. Ya se mencionó, por ejemplo, cómo desde una reciente investigación del Equipo Nitlapán-Envío se descubre que el 78% de la población nicaragüense sobrevive con menos de dos dólares diarios, aunque la propaganda gubernamental y de los elitistas círculos del poder económico y político (por demás androcéntrico y machista) se afanan por dar otra imagen –imagen que, naturalmente, cala en la mayoría de los sectores empobrecidos (a los que pertenecen las mujeres), dado el analfabetismo real y funcional en que se procura tenerlos, para mediatizar cualquier reacción de resistencia.

La dura lucha por la sobrevivencia no les permite a las mujeres (como a los varones de su condición) tener espacios para la reflexión teórica. Y si a ello se suma que, con pocas opciones de recreación, son los programas televisivos su más inmediato foco de solaz y esparcimiento, el problema se agrava. Es que el sistema crea la enajenación, y luego culpa y responsabiliza a quienes la padecen. Pero ¿qué sería de ese sistema sin su fuerza enajenante? Sería quizá el mundo al que se aspira. Porque, como bien lo aseveran algunos estudiosos, más que la fuerza bruta de la guerra armada (que para nada se están subvalorando en sus efectos dañinos), el actual sistema económico mantiene su política antivida a través de la guerra que ejerce por medio de la comunicación. Comunicación es poder y, si la hegemonía de ese poder es la “dosis” que se inocular en las conciencias permanentemente, las tergiversaciones que garantizan la hegemonía del poder vienen siendo reforzadas por oprimidos tanto como por opresores.

La gobernabilidad de Nicaragua es concebida, desde el sistema establecido, como una visión institucionalista y normativa que, según Ángel Saldomando, “alude al conjunto de prácticas que caracterizan al buen gobierno”. Es decir, a las instituciones y leyes que permiten la existencia de un gobierno legítimo, legal, transparente, que rinde cuentas, que escucha a la sociedad y tiene mecanismos de contacto con ella. Evidentemente, estamos frente a una noción que define un deber ser contra el cual se juzga la realidad existente. Pero los enfoques más críticos, tal como debe ser, interrogan el concepto desde sus orígenes y su relación con los dos principales ámbitos de la vida social: los sistemas políticos y el régimen de acumulación. Se va más allá de las concepciones que ven a la gobernabilidad como un problema de “buen gobierno” (Montenegro et al., 2005: 7).

Y las mujeres, precisamente receptoras de esa falta de buen gobierno, desde su visión particular, con base en las experiencias de su cotidianidad carente de satisfactores y prolífera en cargarles desigualdades, también tienen críticas para esa falsa gobernabilidad. Pero también son víctimas ideológicas de esa deficiente gobernabilidad que consolida los prejuicios culturales del sistema, haciendo más difícil la conquista de la autoestima desde el empoderamiento.

Es tan fuerte el discurso desde “arriba”, que las mujeres no pocas veces ni siquiera son conscientes del importante papel que desempeñan dentro del hogar. Ni como reproductoras domésticas, ni como proveedoras principales de recursos financieros que sustentan la vida de la familia. Ellas tienen toda la responsabilidad casi siempre, pero la asumen como algo natural, como algo que así debe ser. Unas pocas palabras de una empresaria de La Tunoza, luego de haber participado en el proyecto que las capacitó, reflejan bastante a manera de ilustración: “Nos dimos cuenta también de que somos el timón o el eje de nuestras casas”.

Por eso, a propósito de lo dicho, responsabilizar y culpabilizar a las y los pobres (empobrecidas/os) de las situaciones de precariedad que padecen (y del desconocimiento de esta, cuando ante la necesidad de los “porqué” se prevén los “cómo cambiar”) es quitarle responsabilidad al sistema, tal como se estila en la ofensiva ideológica burguesa del neoliberalismo. De ahí que, sin caer en ese craso error, sí habría que citar diversos casos para ilustrar esta situación manifiesta en el proceso de investigación. Baste recurrir a lo que narra otra de las mujeres de la comunidad rural La Tunoza: ella, cuando se le pregunta si los móviles de su decisión de organizarse en la cooperativa que fabrica papel reciclado fueron de carácter económico o para preservar el medio, contesta que “ambas cosas”. Porque, aunque ya tiene conciencia de la necesidad de preservar el ecosistema para su bienestar y el de los seres más cercanos y lejanos a sí misma (desarrollo humano sostenible y sustentable), no olvida que lo que la impulsó a entregarse con tesón al proyecto fue vislumbrar alguna mejora en la satisfacción de sus necesidades básicas más inmediatas, en función de la familia.

Algo, entre otros tantos casos, que atestigua la preocupación real de tomar en cuenta el conocimiento del medio por parte de las mujeres involucradas en investigaciones está escrito en la introducción del proyecto realizado como un “reto organizativo empresarial y de liderazgo de mujeres emprendedoras de Somoto”¹⁸ –mujeres de las que

18 El título bajo el cual se informan los resultados de la investigación en que participó Guadalupe, junto a otras mujeres emprendedoras, dice: “El reto organizativo empresarial y de liderazgo de mujeres emprendedoras del municipio de Somoto. Una investigación-participativa”. El estudio pertenece a la IX Convocatoria de Investigación realizada por ADESO, en el año 2004, y fue ejecutado durante los meses de junio a diciembre

se utilizan sus opiniones como parte de este estudio. El mencionado texto explica cómo se aplicaron procedimientos empíricos previos para lograr el empoderamiento:

El abordaje [...] se fundamentó en la necesidad de concretar resultados de investigaciones ya realizadas, de tal manera que crearan condiciones para el establecimiento de una organización gremial, que impulse el posicionamiento de las mujeres en la economía local, regional y nacional [...] El proceso de esta IAP es parte de la continuidad de esfuerzos ya iniciados en Somoto por la Alcaldía, ADESO, el IMC [Instituto de Promoción Social “Mujer y Comunidad” de Estelí] y otras organizaciones de la sociedad civil, en la búsqueda de generar procesos de empoderamiento de las mujeres, siendo una de las vías la económica (Aldana Saraccini, 2006a: 65).

Parafraseando la tesis de *El miedo a la libertad* de Erich Fromm (1993: 23), se diría que las mujeres modernas liberadas de los lazos de la sociedad preindividualista, que a su vez las limitan y les otorgan seguridad, no han ganado la libertad en el sentido positivo de la realización de su ser individual; vale decir, la expresión de sus potencialidades intelectuales, emocionales y sensitivas. Porque aún su vida gira en relación a lo que la colectividad cultural androcéntrica decide sobre ellas.

A pesar de lo dicho, es menester reconocer que, aun con el recurso de la fe, muchas mujeres han logrado alcanzar algunas conquistas que las hacen sentirse en cierto modo realizadas como mujeres. Las ceremonias, prácticas litúrgicas y conceptos simbólicos convencionalmente acordados por la tradición de sus iglesias son adaptados y utilizados por ellas para satisfacer algo muy importante en su vida personal. Les proporcionan una forma de resolver sus problemas, una manera de hacer su condición de género más llevadera y comprensible. Es el templo, la organización religiosa, su congregación, un espacio de vida para muchas. Como lo es el trabajo docente y de capacitación/investigación, o el trabajo productivo en la pequeña empresa, para otras.

DESDE LA SOLIDARIDAD Y LA COOPERACIÓN: EL PODER COMO PARTICIPACIÓN POLÍTICA

El empoderamiento desde la participación política se plantea aquí como posibilidad de transformación de las relaciones sociales. Como opción ética de estos tiempos, que debe ir más allá de la exclusiva participación partidaria o parlamentaria. Urgencia de este presente que es nicho de

de 2005. Sus responsables (facilitadoras) fueron Rosa Argentina Rugama y Ena Salinas Pinel (ver Aldana Saraccini, 2006b).

un sistema no sólo más financiero que productivo, sino, preferentemente, más masculino que femenino. Especialmente en cuanto a sus cuadros de dirección y control político. Porque en la actual propalada democracia y el promocionado estado de derecho, se actúa según los acuerdos tomados por las elites de un poder oportunista que dicta y prescribe, para su propia conveniencia, lo que se puede o no hacer y decir. Reina la arbitrariedad en las relaciones sociales: de arriba hacia abajo. A excepción del relativo ejercicio del derecho al voto (tema además muy cuestionable en su legitimidad), para nada se ejercen derechos y menos decisiones sustanciales de abajo hacia arriba.

De ahí lo importante de la reflexión ética, que ayude a encontrar qué hacer para cambiar el estado de cosas por medio de las posiciones políticas de las mujeres, desde cualesquiera organización o grupo. Nada fácil la misión, pues el sistema oculta sus entrañables absolutismos con un muy bien elaborado discurso enajenante, incluso, a veces, disfrazado de feminista.

Precisamente, la eticidad del tema radica en aceptar que quien no reflexiona sobre las connotaciones del poder, desde una postura crítica, no es consecuente sujeto de transformación. No ha interiorizado aún el imperante abuso de poder que le es inherente al mercado absoluto con su densidad de especulación, como caldo de cultivo del sistema patriarcal, que impide la canalización de los conflictos que produce y reproduce, pues “el patriarcado y la ideología neoliberal beben de las mismas fuentes”, tal como lo expresaron las mujeres en Porto Alegre 2002.

La conquista del poder político-ciudadano por las mujeres es un reto de la alternativa ética de resistencia al sistema. Mejor será si se logra al unísono con la conquista del poder dentro del espacio de la producción no doméstica. Sin embargo, si ese empoderamiento fundamental (el de la producción no doméstica) no hubiese sido alcanzado aún, y la mujer desde su trabajo doméstico tiene los espacios para emanciparse políticamente, bienvenida esa libertad –aunque lo más común es que en las organizaciones reivindicativas participen mujeres que ya lograron una relativa emancipación económica.

El empoderamiento, entonces, trasciende lo económico, aunque no son compartimentos estancos, sino dos momentos de un mismo proceso de liberación. Por el momento, en este acápite interesa el político, para comprender que el empoderamiento de las instituciones de finalidad social debe abarcar el de las mujeres, como ciudadanas y como usuarias de los servicios, con la misión de incluir la participación y el mejoramiento de la calidad de vida. Porque, aun bajo el supuesto de que hay mujeres que “no trabajan” devengando un salario, eso no las exime de su contribución para sostener al Estado desde los impuestos

indirectos, así como desde el aporte de la fuerza de trabajo que regalan para garantizar la reproducción social, la prolongación y la sustentación de la vida.

Cuando al momento de ser encuestadas se les preguntó si trabajaban, muchas de las mujeres contestaron que no, pues se ubicaban en el área doméstica como amas de casa. Pero no fueron pocas las que, aun identificándose como tales, dijeron que sí trabajaban. Como para los grupos focales y las entrevistas fueron seleccionadas desde las encuestas, existió oportunidad de indagar en relación con el asunto. Y efectivamente, existen quienes no consideran como trabajo su accionar en el seno del hogar, aunque cuando están conversando hablen permanentemente del cansancio que les provocan las tareas de la casa y otras cuestiones por el estilo. Pero cuando la pregunta va directa, se olvida ubicar a lo que hacen como trabajo. Luego de un grupo focal, fue interesante cómo las opiniones de otras compañeras llevaron a una de ella a expresar:

Jamás volveré a decir que no trabajo cuando me pregunten.
Pues igual que mi marido sale a su trabajo y llega cansado, yo también aunque me quede en la casa estoy cansada cuando él llega. Yo trabajo, claro que sí. Las compañeras tienen razón.
Aunque no vayamos a alguna empresa; trabajamos y mucho.

Lo personal es político. Se toma en cuenta aquí como verdad real. Sin embargo, la participación concreta de las mujeres como ciudadanas tiene también sus particularidades. Sobre todo, no queda al margen del desafío de reconstruir conscientemente conceptos que superen otras maneras de pensar obsoletas, de tal forma que se propicie la oportunidad de participar como seres renovados en resistencia a los valores del sistema. Por ejemplo, ante el individualismo exacerbado que la dura lucha por la sobrevivencia y los condicionantes estructurales les determinan, han podido aprender a ser solidarias. Así, el trabajo de las mujeres en grupo se ha convertido en una fuerza organizada, desde la que resisten empoderadas en la conquista de la igualdad de oportunidades.

Viene bien volver a recordar aquí a Emir Sader, citado por José Seoane y Emilio Taddei (2001: 125-126) cuando, refiriéndose a los “valores” característicos del presente histórico, asegura que se evidencian como “regresivas transformaciones”, que desde una nueva hegemonía ideológica, entre otras concepciones y conductas morales, han hecho del interés egoísta la única motivación legítima de la acción humana. Y que esta acción, promovida como orientación valorativa de la vida social, se postula como grilla epistemológica para la interpretación de los procesos sociales y la acción colectiva.

No viene menos bien traer a estas páginas también a Carmen Alborch, quien en su original y amena obra *Malas. Rivalidad y complicidad entre mujeres* (2002) asegura que no es precisamente por naturaleza que las mujeres son amigas. Y que se dan entre ellas las rivalidades que se reproducen en la competencia por ocupar un lugar en el mundo. Se trata de un fenómeno que no es casual, sino todo lo contrario; es consecuencia de lo que las mujeres han interiorizado a lo largo de los tiempos, pues son seres contextualizados, conscientes de sus semejanzas y diferencias, así como partícipes de una condición (de clase, profesional, de poder, etcétera). Porque, por pertenecer a una categoría biológica y social, están moldeadas por una cultura que las excluye o las delimita como seres para los otros y de la que también forman parte. Son las mujeres seres sociales, históricos, cambiantes, con capacidad de aprendizaje. Pero eso no es óbice para que entre ellas puedan existir conflictos (reales o contruídos). Por ejemplo, la eterna competencia por el hombre. O lo que tiene que ver con el ámbito profesional y político, la independencia económica y la mayor participación en el mundo exterior (más allá de “nuestro” mundo doméstico).

De ahí que la misoginia –aversión o menosprecio hacia las mujeres– no sea sólo una palabra antipática y lejana, patrimonio exclusivo de los hombres: “Yo también soy misógina de forma involuntaria, acaso inconsciente”, dice Carmen Alborch (2002). Y como todos los conceptos se concretan (materializan) en actitudes que, en última instancia, son maneras de reaccionar a través de las determinaciones del contexto, la misoginia, muy unida a las concepciones determinista y naturalista del mundo y de la vida, bloquea ideológicamente a las mujeres. Así, cuando las mujeres están bloqueadas por la misoginia, no indagan en sus sentimientos y emociones, algo tan necesario para cambiar los paradigmas sociales que las excluyen o las enfrentan consigo mismas y con las demás mujeres.

No resulta extraño entonces, que también en algunos otros casos, como el del grupo de mujeres empresarias de Somoto, haya sucedido que dada la situación económica que enfrentan se crearon entre ellas divisionismos y competencias desleales. Ello incluso después de haber salido airoosamente empoderadas del proyecto de investigación participativa que coadyuvó a su transformación: quedaron capacitadas para trabajar orgánicamente; lograron representatividad en el Concejo Municipal; fueron capaces de organizar la Primera Feria Municipal de las Mujeres Emprendedoras de Somoto –evento que les permitió hacer muchas relaciones, incluso a nivel internacional.

El sistema, con su abandono y su presión, las condujo al temor. A tal extremo fue progresando el problema, que dejaron de reunirse y empezaron a dudar una de la otra y especialmente de quienes lideraban la directiva que había sido conformada con su consentimiento. Cada

una fue emprendiendo, según sus posibilidades, formas de sobrevivencia individual, lo que las llevó a seguir, aparentemente, estando como estaban cuando se alistaron a participar en la IAP, que coadyuvó para su desarrollo personal y de grupo como emprendedoras.

Algo de lo sucedido en el proceso se podrá percibir en el siguiente texto, perteneciente al Informe Final del Proyecto, cuando se refiere a los propios conceptos que las mujeres tienen acerca de lo que es ser empresarias, identificándose a sí mismas como tales.

Como parte de los retos y metas para crecer como empresarias, valoraron: la consecución de recursos suficientes para crecer, desarrollar habilidades y destrezas gerenciales, organizarse mejor, vencer los temores ante las barreras y riesgos que se esperan que se les presenten, involucrarse en actividades comerciales de cualquier índole, capacitarse constantemente y evaluar siempre los resultados que van obteniendo (Aldana Saraccini, 2006a: 34).

Pero luego de pasado el tiempo, por las presiones del contexto, resultaron ellas, las antiguas emprendedoras optimistas, manifestando expresiones verbales y conductuales que las fueron llevando a desunirse, a individualizar sus situaciones, que, aunque particulares, no podían resolver sin actuar organizadas. Por ejemplo, cuando se les preguntó (dada la situación engorrosa que se había producido durante el inicio de un grupo focal) si las facilitadoras en su momento les habían ofrecido dinero para que emprendieran los proyectos, hubo algunas (dos o tres) que intentaron dejar entrever que así era. Sin embargo, luego de impulsado el proceso de diálogo, quedó claro que jamás se les había ofrecido dinero. Y, por el contrario, sí se las había capacitado para emprender sus propias gestiones y búsqueda de alternativas.

Nada de raro tiene que haya sucedido lo que anteriormente se comenta. Es que la situación de pobreza que se vive en el país no las libra (a ellas como a otras y otros nicaragüenses) de ser afectadas. Y, por eso, comenzaron a sufrir la necesidad de dinero y de contactos con elites gubernamentales para obtener la personería jurídica –documento sin el cual no lograrían el reconocimiento debido en el ámbito de la producción y el comercio– aunque sus aprendizajes hayan sido muchos y de calidad cuando participaron en la investigación. Dicho estudio partió de antecedentes tomados de otros estudios implementados por las mismas entidades y las mismas mujeres, así como de esfuerzos locales realizados en el contexto de la planificación estratégica municipal. Y uno de sus resultados fue, precisamente, la necesidad de que las mujeres contaran con una organización propia, en el ámbito empresarial, que les permitiera velar por sus propios intereses y necesidades, pero

de manera unida, con una visión compartida y metas que les posibiliten avanzar en su propio desarrollo.

Ellas (las 34 mujeres que llegaron al final del proyecto) estaban capacitadas para emprender gestiones y mejorar sustancialmente en la elaboración y comercialización de sus productos¹⁹ desde la cooperativa que ya tienen organizada. Pero, como sucede con los sectores poblacionales que no forman parte de las oligarquías oligopólicas o de las cumbres políticas y gubernamentales, no contaban con los recursos financieros y de “relaciones” que el sistema impone (clientelismo, nepotismo, amiguismo, “relaciones importantes”) para ser visibilizadas.

Como resultado de esta situación, cuando se presentaron para participar en el grupo focal, el ambiente hostil y de descontento se percibía no sólo cuando hablaban, sino cuando estaban silenciosas. Una de ellas, por ejemplo, se retiró sin identificarse antes de que empezara la aplicación de la técnica. Pero no se fue sin previamente decir, con un tono de voz y maneras bastante agresivas, que lo que necesitaban era dinero para trabajar, provocando en algunas de las otras mujeres presentes actitudes de asentimiento al respecto. Sin embargo, en el transcurso del grupo focal, en la medida en que iban expresándose, ellas mismas evidenciaron que los objetivos de la investigación sí se habían cumplido. Que los conceptos y apreciaciones de la situación a que habían llegado últimamente tenían más que ver con las condiciones en que estaban sobreviviendo como empresarias que con la falta de cumplimiento de lo propuesto por las investigadoras/facilitadoras. Se prevé, por lo que manifestaron, que luego de haber realizado ese grupo focal se volverían a unir, para luchar juntas por mantener su personería jurídica y lograr el apoyo municipal, para que sus pequeñas empresas crezcan.

Veamos, nuevamente, otras expresiones de las facilitadoras y las participantes, que reflejan cómo de la postura inicial pasaron a evidenciar su error. Desde un ensayo elaborado por el equipo investigador, se retomó la conclusión principal de que “elevar los niveles organizativos de las mujeres emprendedoras se constituye en un puente vital, porque enlaza las necesidades y potencialidades colectivas con la búsqueda de mayores niveles de empoderamiento [especialmente con la formación de una cooperativa, desde su propia gestión, luego de que finalizara el proyecto], el cual hoy en día se convierte en una estrategia importante de crecimiento de las organizaciones y de las personas” (Aldana Saraccini, 2006a: 33).

19 Todos los productos que se obtienen del maíz, en especial las rosquillas y otros como nacatamales, tortillas, etc. También hay productoras en el campo de la costura y la sastretería, dueñas de hospedajes y centros de capacitación en computación, así como cultoras de belleza y peluqueras, etcétera.

También el planteamiento que, a manera de hipótesis, refería el proyecto especifica que la organización empresarial de las mujeres en el ámbito local es posible tomando en cuenta la presencia de un liderazgo potencial, que puede contribuir al aprovechamiento y creación de oportunidades, para generar cambios individuales y colectivos, en pro de un desarrollo más integral (Aldana Saraccini, 2006a: 39).

Y según consta además en el informe, para contribuir al crecimiento empresarial del grupo y del municipio, las participantes se plantearon: fortalecer sus propios negocios y generar más empleo; tener capacidades para adquirir compromisos crediticios; ser buenas administradoras de sus negocios; continuar capacitándose empresarialmente; y buscar el fortalecimiento de su propio grupo de emprendedoras (Aldana Saraccini, 2006a: 34).

Por su parte, Jessica, una de las empresarias que participó en el grupo focal, manifiesta:

Yo digo que ellas [las demás compañeras de la cooperativa] interpretaron mal. Porque las muchachas [las facilitadoras] cuando hicimos el proyecto iban a gestionar que nos prestaran trescientos dólares para poder trabajar y después lo íbamos a devolver. Era prestarlo en algún organismo. Ellas nos iban a ayudar a gestionar el dinero. Era un proyecto que posiblemente se iba a realizar. Pero eso de que ellas nos lo iban a dar [el dinero], pues eso no fue así.

Pero el proceso de investigación del que fueron participantes sí las cambió. Y, a pesar de las adversidades, en un momento en que se reflexiona (más bien, se debate acaloradamente) sobre toda la problemática que enfrentaban, sale la voz pausada (más que pausada, muy acertada y conciliadora) de Rosa Elieth, para referir algo que demuestra cuánto se logró con los aprendizajes. El éxito de empoderarse organizadamente, a pesar de los problemas que se presentaron desde las circunstancias del contexto. Percíbase lo que dice:

Nunca terminamos de aprender. Aprendimos a organizarnos. Porque si uno no está bien organizado, no va a poder hacer lo que tiene pensado. Entonces, tiene que haber mucha organización. Si estamos como desorientadas, unas por aquí, otras por allá, no se va a poder. Por eso creo que hemos logrado un poquito más de lo que planeábamos.

Importante es que la acción organizada de las mujeres no se circunscribe a empoderarlas sólo desde la oportunidad de agenciarse de recursos financieros. También coadyuvó a su empoderamiento político, en el sentido de alcanzar un lugar en el concejo municipal. Precisamente, la

presidenta del mismo grupo de empresarias de Somoto llegó hasta esa instancia de poder. Que ni desde ahí han podido aún solventar toda la situación del grupo es cierto, pero ya tienen un espacio para gestionar la esperada personería jurídica para su cooperativa. Esta dirigente, en el transcurso del grupo focal, siempre estuvo expresando opiniones que denotaban el entendimiento de que sin organización no es posible alcanzar el poder. Y siempre también mantuvo la decisión de seguir trabajando en pro del grupo.

El empoderamiento femenino, conquistado a través de la participación política, más allá de parlamentos (o también dentro de ellos), es entonces el proceso por el cual las mujeres asumen su rol de ciudadanas y llegan a ser capaces de organizarse, trabajando para aumentar su propia autonomía intelectual, a fin de que, a partir de la diferencia con respecto a los hombres, elaboren un discurso crítico cultural que les permita hacer valer su derecho independiente a tomar decisiones y a controlar los recursos que las ayudarán a cuestionar y eliminar su propia subordinación.

Se trata de un discurso cultural muy importante pues, como seres humanos, son esencialmente entes sociales. De modo que sólo pueden desarrollarse y desenvolverse en el mundo intersubjetivamente heredado de un grupo social. En efecto, si se interrumpiera el proceso de comunicación, se violaría uno de los requisitos de mayor relevancia de la supervivencia humana. Así, en este caso, la comunicación lingüística es el medio que les permite garantizar la reciprocidad de la orientación y concepción de sus acciones –reciprocidad indispensable para que la sociedad (conformada por mujeres y hombres) resuelva los problemas de reproducción material.

Pocas quizá aún lo pudieron contar en esta oportunidad, pero son una muestra de cómo desaprendiendo, en la práctica, saberes adquiridos, se van venciendo las cotidianas exclusiones y los falsos antagonismos de género –no “falsos” en el sentido de elaborados en su realidad, sino porque dejan de ser evidencia de intereses que casi siempre van más allá de las diferencias dadas por el sexo. Por ello, es preciso conquistar el empoderamiento de las mujeres, sin olvidar que este debe asumirse desde una posición de clase y una perspectiva de género –pares que deben ir de la mano, sin separar la participación política-ciudadana de la acción económica-productiva. Porque el trabajo fuera del ámbito de lo doméstico representa un desafío en las relaciones familiares y sociales patriarcales. No sólo es un “desempoderamiento” o pérdida de la posición privilegiada de los hombres. También libera y empodera a estos, material y psicológicamente, cuando las mujeres, además de lograr el acceso a recursos que benefician a la familia y la comunidad, comparten responsabili-

dades con los varones. Desde la labor empoderada de las mujeres, se liberan ambos. Eliminando estereotipos de género y construyendo soluciones compartidas.

RECAPITULACIÓN

En lo expuesto por las informantes respecto a los determinantes de su empobrecimiento está contenido lo que algunos teóricos, en relación con la pobreza relativa, resumen como los tres factores que perpetúan la pobreza: los *ingresos* y la *productividad* inadecuados, especialmente por la falta de acceso, como pobres (empobrecidas), a la educación para ser competitivas; los *factores sociopolíticos*, determinados por la dependencia económica tanto de ellas como del país; y la *desigualdad*, provocada por la falta de acceso al empleo que es fuente directa de ingresos. El crecimiento intensivo del capital junto con un crecimiento débil de la creación de empleo perpetúan la pobreza (Bradshaw, 2002: 14-15).

Todas fueron llevadas por diversas circunstancias al sector de las empobrecidas. Igualmente, diversas circunstancias las llevan, con relatividad, a empeorar su situación y/o a buscar cómo subsanarla, desde su interpretación y comprensión de mujeres. Vale entonces tomar en cuenta la categoría de *exclusión social* en la ubicación de este sector genérico, que desde su variedad generacional y de clase, estatus y condición social, es estudiado como unidad en la diversidad, en la búsqueda de conocerlas de manera más directa, desde su cotidianidad.

La *exclusión* es un fenómeno muy importante a considerar. Es, para decirlo con Pablo Nguyen Thai Hop, expresión de esa otra cara, la cara sucia y vergonzosa, que refleja el drama posmoderno con la existencia de “una extraña criatura de una sociedad rica y progresiva” (1994: 51). Los sectores pobres (empobrecidos, para denominarlos con más exactitud), con la mundialización del mercado y la complejidad de una sociedad tecnificada, cada vez se van quedando aún más atrasados de lo que lo estaban en las décadas recién pasadas. Lo vertiginoso del fenómeno de la exclusión es precisamente la paradoja del “desarrollo”, tan enaltecido por los tecnócratas y políticos que hacen apología de la “democracia”, como si esta fuese posible en un sistema neoliberal, que precisamente excluye a quienes son las sujetas (y los sujetos) del ejercicio democrático real. Es una apreciación fuera de toda duda la siguiente:

La masa de excluidos [y excluidas] crece aceleradamente en el “Tercer Mundo”, pues a los países ricos les interesan los países pobres como fuente de materias primas, como turismo o como basurero; pero cada día más no les interesa su población. La población del “Tercer Mundo” es vista como sobrante y como amenaza (Richard, 1995: 13).

Así las cosas, puede decirse que la percepción que tiene este grupo de mujeres nicaragüenses sobre su proceso de empobrecimiento está caracterizada por muchas y variadas condiciones del contexto en que se relacionan socialmente –situaciones que no se han ilustrado en su totalidad (con la cita de sus expresiones), porque resultaría interminable, y que resumidamente pueden identificarse como un recorrido por las siguientes cuestiones.

- La existencia de la pobreza o lo que sería más preciso denominar como empobrecimiento, cuyas alternativas de solución son el imperativo social y ético más determinante de cualquier proyecto o programa destinado a la conquista de la igualdad en las relaciones entre géneros. Porque el empobrecimiento es un estado de privación de las capacidades básicas, que impide el despliegue de las potencialidades de una vida plena. Es decir, la falta de una completa y armoniosa integración económica, política y social; nutrición, abrigo, salud, techo, comunicación y participación a todos los niveles.
- La desesperanza y decepción ante la inmoralidad, demagogia y corrupción de políticos y gobernantes. Pero al mismo tiempo la crítica del hecho, que es el inicio, para la posible organización en función de encontrar alternativas para el cambio.
- La migración allende las fronteras patrias, por falta de oportunidades de trabajo en el país. El fenómeno del subempleo y el desempleo. Y el problema de las inmigrantes en otros países, especialmente en Costa Rica. La irresponsabilidad de los hombres como compañeros y padres, que hace más dolorosa la situación de las mujeres que optan por irse de Nicaragua. Esa irresponsabilidad que, a la vez, es una de las causas de la emigración.
- La marginación (exclusión) e invisibilización de ellas como seres humanos, desde un poder que las conceptúa como “diferentes”, y por consiguiente las excluye y margina de las oportunidades de desarrollo económico y de gestión social (mujeres empresarias, maestras capaces de innovar los procesos de aprendizaje, sujetas sociales creadoras y recreadoras del conocimiento, etcétera). Es un hecho que las hiere especialmente, porque, aunque en el neoliberalismo no sólo se destina marginación a las mujeres (hombres y niños y niñas también la padecen), es más sentida en ellas y en las y los niños –en especial por la privación, expresada como exclusión de los recursos técnicos, políticos y socioeconómicos que condicionan la calidad de vida deseada. Es esta una realidad cotidiana con rostro de género.

- La disgregación en el trabajo productivo. El desconocimiento por parte de las estructuras de gobierno (Estado, concretamente) y de la iniciativa privada (bancos, especialmente) de procesos organizativos y de su capacidad para generar empleo. La falta de cadenas de producción, transformación y comercialización a través de microempresas, apoyadas por el Estado y la iniciativa privada. La actividad productiva, para la que han demostrado tener disposición y capacidad de aprendizaje. Y, sobre todo, de sostenibilidad de los proyectos.
- La falta de gobernabilidad y/o, en ciertos casos, una gobernabilidad deficiente, que incide, como contexto micro derivado del macrocontexto, en la fluidez y efectividad de los proyectos. Por lo tanto, el éxito relativo de los mismos es a todas luces un reto aceptado que conlleva crecimiento y madurez para quienes lo aceptaron –proyectos que en este caso derivaron del interés de ONG y no de políticas estatales y/o de la iniciativa privada.

Puede aseverarse sin equívocos, entonces, con respecto a cómo perciben las investigadas su proceso de empobrecimiento y su condición de mujeres en el marco del mismo, que existe (como en todo proceso humano) variedad de opiniones como resultado de la variedad de condiciones de las entrevistadas. Unas más que otras, debieron superar obstáculos y tropiezos con más o menos dificultad. Ello pudo advertirse, por ejemplo, en la evidencia de cómo en la participación de proyectos de desarrollo se cometió el error de parangonar el asistencialismo con el cultivo de capacidades personales, para actuar y coadyuvar al desarrollo desde el autodesarrollo.

Sin embargo, aparecen muy prometedoras las actitudes optimistas y de mucha voluntad de aprendizaje para conquistar la autoestima mancillada culturalmente. Se trata de una disposición que (hay que decirlo) puede correr el riesgo de debilitarse, si no se la alimenta con oportunidades de participación en procesos de desarrollo sistematizados y políticas de gobierno y/o de la iniciativa privada que coadyuven a la educación y formación permanentes, de tal manera que se les proporcionen recursos materiales (dinero), junto a la capacitación, en función del desarrollo personal y el cambio de imaginarios sobre sí mismas y su medio.

No debemos olvidar que no faltaron las expectativas fundamentadas en el providencialismo, que, ligado al pragmatismo resignado de las elites económicas y políticas, no promueve que las mujeres logren ser “con” y no sólo “para” las y los otros. Menos promueve que se desarrolle el poder “desde dentro”, desde sí mismas, en solidaridad con las y los otros. Ese “para” aún fuertemente consolidado en las costumbres

debe ser capitalizado en función del desarrollo sustentable y sostenible con y para ellas, en beneficio de hombres y mujeres. Deben ser capacitadas para cambiar no sólo su empobrecimiento material (capacitación en función de garantizarse sus necesidades básicas), sino para brindarles la posibilidad del conocimiento reflexivo, que coadyuva a la cosmovisión y la praxis fundada y progresista. Transformadora y revolucionaria. Especialmente en dirección de que tomen conciencia de sus necesidades como mujeres.

No fueron pocos los mitos y prejuicios que hubo que vencer. Tampoco faltaron las actitudes de individualismo que se oponen, como su nombre lo indica, a que las cosas caminen con criterio colectivo y de cooperación. Y, porqué no decirlo, también hubo algunos casos que ameritan un largo proceso de deconstrucción-construcción de esquemas mentales y de actuación. Pero esos avatares (para evidenciar con el término la magnitud del reto) para nada obstaculizan la confianza en la susceptibilidad de transformación que potencia a las mujeres de este estudio, muestra significativa de las mujeres nicaragüenses. Quizá sirva reflexionar, en la finalización del capítulo, con las palabras de Norma, una de las participantes:

La pobreza peor es la de ser pobre y creerse pobre espiritualmente. Aquella persona que no tiene autoestima, que siente que no tiene ningún valor. Esa pobreza es la más peligrosa [...] ¡Eso no existe dentro del pueblo evangélico! O no debe existir, por lo menos. Porque si somos hijos de un Dios que tiene todo el poderío ¿por qué nos vamos a sentir pobres? Podemos andar sin un centavo en la bolsa, pero sabemos que es momentáneo y que de alguna manera vamos a conseguir dinero, para poderle dar a la familia lo que necesita, porque tenemos inteligencia y capacidad para hacerlo [...] Tampoco pensamos que vamos a ser ricos porque tenemos un millón de pesos. Vamos a ser ricos cuando logremos tener otro tipo de riquezas, no sólo lo material.

En los inicios de este siglo XXI, a pesar de legislaciones y procedimientos legales, las barreras culturales, económicas y sociales que se imponen a las mujeres, por el solo hecho de serlo, les impiden ejercer realmente el derecho al poder. Estadísticas, y no provenientes precisamente del movimiento feminista, abundan identificando el reducido nombramiento de mujeres en puestos de elección y en cargos públicos o de la producción no doméstica. Y las que logran incursionar en estas actividades, por lo general y muchas veces con la oposición de los hombres, no se libran de enfrentar enormes dificultades para su desarrollo. Lo ilustran las palabras de María, una docente universitaria que afirma:

Es difícil trabajar cuando los jefes, los que mandan, son sólo hombres. Para nosotras como mujeres la situación se vuelve muy desventajosa. Hay que ser el doble y hasta tres veces más capaces, para que se den cuenta y lo reconozcan [...] Lo reconocen cuando ya es muy evidente. Y a veces aún así se hacen los desentendidos. Aquí en la universidad habemos mujeres que ganamos menos que muchos hombres [...] haciendo lo mismo, y hasta más. Y a veces tenemos más capacitación que ellos.

Sin embargo, también es bueno recordar aquí esos vicios de la cultura tan arraigados que hacen a las mujeres rivales competitivas entre sí, tal como cuando citamos a Carmen Alborch, quien expresa que las mujeres son “malas en un mundo construido por y para hombres”. Porque la lucha por el éxito y el triunfo en muchas mujeres ha masculinizado [“en el peor de los sentidos de la expresión”] algunos de sus hábitos, formas de comportamiento y recursos, forzándolas a adoptar los mismos lenguajes y ademanes bélicos de los hombres frente a sus congéneres, las demás mujeres con las que se ven forzadas a competir desde la pueril concepción masculina del éxito y el triunfo (Alborch, 2002).